

BREVE ANTOLOGIA

I. CONFERENCIAS Y DISCURSOS LITERARIOS

"Las bellas letras, el culto artístico y amoroso, rendido a la más hermosa de las lenguas, han sido el mejor solaz y lenitivo que en sus reveses ha tenido el nuevo académico, de suerte que con más razón que otros ha podido apropiarse el lema: *Vita sine litteris mors est*. Consolaos, amigo carísimo: que, si no llegáis en la vida a mayores grandezas, os tendrán siquiera por gramático; que el serlo no es de poca honra y provecho el día de hoy. "Os lo dice vuestro autor predilecto, el de la asendereada vida, pero también el más favorecido de las Gracias y el más honrado de la posteridad" (Cervantes, Quijote, pról.)
Discurso del Prebendado D. Manuel A. Román en la recepción académica del maestro Nercasseau y M.

PALABRAS CON QUE EL PROFESOR EXTRAORDINARIO, SEÑOR ENRIQUE NERCASSEAU Y MORAN, INSTALO SU CATEDRA DE LITERATURA GENERAL Y ESPAÑOLA EN LA UNIVERSIDAD DE CHILE, EL 11 DE AGOSTO DE 1888

Al inaugurar este curso, primero de su género en el país, debo principiar por dar a conocer su programa, o sea las materias en que vamos a ocuparnos.

Lo he denominado curso de Literatura General y Española para manifestar desde luego los dos puntos que abarcaremos en nuestro estudio, la literatura considerada en su aspecto general, y el análisis y comentario de los mejores modelos de la literatura castellana. Podría decirse que la primera de las partes en que lo he dividido es la *teoría literaria*, y la segunda la *práctica*, que para nosotros los hispanoamericanos, es de conveniencia se ejercite continua y primordialmente en las obras de los autores de nuestra lengua. Sin duda que, para la ciencia literaria, esto es para nuestros estudios teóricos, tanto da un modelo de este o aquel idioma, a condición que sea modelo; pero como en los sistemas corrientes de enseñanza, y aun en nuestras lecturas habituales de la vida, no caben, ni entran, por regla general, los estudios literarios superiores, que pueden denominarse clásicos, la vez primera que se abren, que es hoy, bueno es que tiendan al conocimiento de la literatura que más de cerca nos toca, como es la española. Tiempo y ocasión habrá, si mi ejemplo es seguido por otros maestros de mayores conocimientos, aunque no de más voluntad en pro de nuestro adelanto, para iniciar a la juventud estudiosa

en las obras clásicas de las demás literaturas: ¡ojalá, junto con ésta y a la par de ella, se hubieran establecido cátedras para explicar los autores franceses y alemanes! ¡ojalá aún, pero ése tal vez será sueño dorado irrealizable, se abrieran algún día, en estas mismas aulas, cursos superiores de latinidad, en que profesores y discípulos se deleitaran con las bellezas originales y sin par de los grandes ingenios del Lacio, de quienes todos nuestros clásicos no son más que fieles aunque a veces lejanos imitadores!

He dicho que vamos a estudiar la literatura general, o sea, para expresarme más claramente, la ciencia de la literatura.

Acaso parezca algo nuevo, por la falta de costumbre que hay de meditar sobre estos puntos, el que yo diga *ciencia de la literatura*, cuando en los cursos y en los textos se lee que la literatura es la colección de preceptos que enseñan a juzgar y componer acertadamente, con lo que se deslinda el campo de un arte y no de una ciencia. Con efecto, lo que en la Retórica y en la Poética se ha estudiado antes de venir a este Curso es una reunión de reglas encaminadas a dirigir a los cultivadores de las letras y a facilitarles la composición de las obras en prosa o verso. Pero, se concibe que estas reglas o preceptos procedan de algo que las haya inspirado y les haya dado el carácter de estabilidad que las distingue y que han conservado de Aristóteles a Boileau y de Boileau hasta acá; se concibe que no todo sea reglas en materias literarias, porque en tal caso no habría nada que no fuera en ellas convencional y arbitrario, como que los preceptos los forman y dan los hombres, con mira a mil y una circunstancias que varían según sus conveniencias y el país y época en que viven. Y a que no todo es convencional y arbitrario en la literatura, nos persuadirá una sola reflexión que sea; un pensamiento elevado, que despierta en nosotros sentimientos nobles; la idea de un gran poder puesto en acción, que nos suspende y nos admira; una frase hermosa en su fondo y en su forma, serán siempre elementos literarios aceptables y dignos de consideración, como que la voluntad de todos los hombres juntos no podría hacer que no tuvieran esa calidad de bellos, o que siendo sublimes no nos embargaran las potencias y no nos infundieran admiración. Luego, pues, hay algo en la literatura que no es mero arte, que no es fruto de la experimentación o del convenio de los hombres, que tampoco depende de su voluntad; algo que es como las verdades primeras o los axiomas en que se asientan las reglas del arte literario y de que lógicamente se derivan; y ese algo es un conjunto de principios inmutables, basados en la razón, principios que constituyen la ciencia de la literatura. Del propio modo que la filosofía estudia las últimas razones de todas las cosas, y es por eso la ciencia general o universal, de ese propio modo vamos a estudiar las últimas razones relativas de la materia literaria, o sea la Filosofía de la Literatura.

Suele dividirse a ésta en dos ramas o departamentos de capital importancia, la estética y la crítica. Ocúpase aquélla en averiguar la esencia y caracteres de lo bello en la naturaleza y en el arte, y ésta en discer-

nir si esos caracteres de lo bello se encuentran en las obras literarias. Una y otra parte de la ciencia de la literatura van a ser el objeto de nuestro estudio en este Curso Superior.

Además de la ciencia literaria, o sea literatura general, nos ocuparemos en el análisis y comentario de las principales obras maestras de la literatura española. Sucede con ésta lo que con nuestra propia lengua: que no es ella la que nos falta a nosotros, sino que nosotros somos los que faltamos a ella, porque juzgamos que no existe en ella aquello que no conocemos: no existe porque no lo conoczo. "No hay en el teatro español comedia alguna de tal época comparable a la contemporánea de tal o cual autor francés o inglés" —es frase de todos los días y casi diré de todos los labios...—. Pero ¡por Dios! ¿se conoce el teatro español lo bastante para hacer semejante afirmación? Igual cosa ocurre con la lengua. Un traductor en angustias no encuentra por el instante o por su escaso conocimiento del idioma castellano, el equivalente que necesita y que busca: ¡qué pobreza de idioma! exclama, atribuyendo a la lengua la falta que es exclusivamente de él.

El estudio de los principios de la ciencia literaria no engendraría frutos si no fuera ampliamente acompañado de la lección de los buenos autores, y de su análisis detenido y comentado. Sería la teoría sin la práctica. Sería, para valerme de un ejemplo vulgar pero gráfico, la enseñanza de la geometría de memoria y sin planos ni pizarra. Y he escogido la literatura española porque, sobre ser la de más fácil estudio para todos por razones obvias, es la única cuyo conocimiento se puede exigir con derecho de un hombre de letras de ese idioma. Las investigaciones sobre las demás literaturas vienen a desempeñar a su lado el papel de lo de adorno al lado de lo necesario. Hay más: los antecedentes todos de nuestra raza y de nuestra historia se hallan en la literatura castellana, y si esto no fuera aun bastante, tenemos el lazo de la lengua común que es el más fuerte de todos los lazos conocidos y el que con más fidelidad encarna y representa a la patria. La religión no es lazo igualmente fuerte. Si en país extraño vemos practicar los mismos ritos que en el nuestro, no por eso se nos figura que nos hallamos en la tierra natal; pero oigamos donde quiera un cantarillo español, una conversación, un refrán, en ese idioma, y nos semejará que por obra de encantamiento nos hemos trasladado un instante a las playas lejanas y más queridas de la patria.

Queda con esto dicho que nuestro estudio tiene sus puntos de contacto con el idioma, o sea que la literatura está relacionada con la ciencia del lenguaje, como lo está con la filosofía, por las bases o principios racionales en que se asienta, y como lo está con la psicología, por ser ciencia que trata de una manifestación de la actividad humana, que tiene relación estrechísima con otras ciencias antropológicas.

No necesito encarecer la importancia del estudio que hoy inauguramos y que queda ya establecido en esta Universidad y en el país, ante quienes, espontáneamente, sin promesa ni aliciente ni expectativa al-

guna, han concurrido hoy a esta sala demostrando con su presencia que nunca se convoca en vano al estudio y al progreso cuando se habla con una juventud como la nuestra, laboriosa, entusiasta, y decidida a adueñarse, aunque sea a viva fuerza, del porvenir. La asistencia a este acto de *simple inauguración* comprueba y demuestra la importancia que en sí tienen estas altas especulaciones literarias, y el interés que les está vinculado en el sentir de cuantos se dedican a las obras de la inteligencia.

Cúmpleme sólo darme la enhorabuena y darla a los que me escuchan: yo, iluso de las letras, he vivido siempre apegado a ellas, siempre siéndoles fiel, aunque la correspondencia no haya sido en todos los casos como la adhesión, y naturalmente, en tantos años de laborioso estudio, he podido acopiar algunos conocimientos y darme cuenta y explicación de muchas cosas; y siempre ha sido mi deseo más vehemente hacer aprovechar a los demás de mi aprendizaje, o inclinarlos a él, y hoy, que se me realiza con toda amplitud, me siento satisfecho y creo poder darme a mí mismo y con justicia el más cumplido parabién.

Debo dárselo también y muy sincero a cuantos me escuchan, porque el hecho solo de concurrir a esta aula, está denotando en cada uno cultivo anterior de las letras y anhelo de mejorarse y de progresar en él. Y ¿qué más digno de felicitación y de plácemes que ese generoso impulso, hijo de un alma patricia, engendro de una inteligencia predispuesta para tareas fecundas y concepciones de magnitud? Yo me descubro reverente ante esta juventud que, a fuerza de labor, constancia y estudio, en estos días y entre estas gentes que tan poco estímulo prestan a las producciones de la inteligencia o la fantasía, logra franquearse un camino, conquistarse nombre en el reducido, pero a veces inaccesible centro de nuestros escritores, concurre a las academias y a este curso literario, ensaya publicaciones en la prensa, tiende en una palabra, desde sus primeros pasos en la vida, al progreso y adelantamiento de la patria. ¡Qué feliz ancianidad, señores, la de aquellos que han trabajado en la tarea común del perfeccionamiento humano, impuesta a todos los mortales, desde la primera aurora de la vida, desde los días aquellos en que la mayoría de la juventud se dedica al ocio insípido, al cortejar liviano o se estagna y pierde en la ciénaga de la corrupción y el vicio!

Yo seré en este mi puesto auxiliar eficaz de esa juventud, y servidor decidido de sus propósitos y aspiraciones. En el catedrático de esta aula hallarán los cultivadores de las letras, antes que un maestro, un amigo, antes que el pedagogo que enseña por deber, el profesor extraordinario que pone su tiempo y sus luces a disposición de los que han andado menos que él por menos años o menos oportunidades de estudio, sin otra compensación ni otra retribución que el deseo de servir desinteresadamente a esa misma juventud, y en esa juventud a su país.

¡Ojalá mis deseos se cumplieran enteramente en el sentido de que este auxilio que me propongo prestar a la juventud estudiosa y amante de las letras fuera fecundo y eficaz!

Cúmpleme ahora solamente, y para terminar, anunciar que el tema que desarrollaré en mi conferencia próxima será el de *La belleza y sus propiedades*.

Queda, pues, inaugurado en esta Universidad, el Curso Superior de Literatura General y Española.

DISCURSO PROGRAMA EN LA SESION INAUGURAL DEL ATENEO DE SANTIAGO

(15 de agosto de 1888)

Años hacía, señores, que esta sala, que se estrenó con juntas académicas, y en donde muchas veces se oyó la voz del maestro de dos generaciones *, no reunía bajo su techo a los cultivadores del arte literario, ni se sentía henchir con los ecos apasionados y solemnes de la poesía; años hacía, y hoy al abrir de nuevo sus puertas a las labores fecundas de la inteligencia y de la fantasía, deber es de quienes las abren dar a conocer con precisión su programa, o sea el fin que persiguen y los medios que se proponen emplear para cimentar una asociación literaria y conseguir darle vida robusta y provechosa.

Juzgo de tanta importancia esta exposición del término y camino, que a su omisión atribuyo en parte la escasa vitalidad de las academias o sociedades análogas y anteriores a la presente. No bien penetrados de su espíritu los que ingresaban a ellas, solían llevarles gérmenes diversos de los que, como esencia y base, les habían dado los fundadores, y así, inciertas sobre su rumbo y sin sólido apoyo en programa por todos firmado y observado, no era difícil desviarlas de su tendencia inicial, y hacerlas degenerar a veces en órganos de aspiraciones casi personales, en otras, en meras juntas políticas, que, al nacer, con ellas traían aparejada su muerte, como que las sociedades literarias, para ser prósperas, necesitan luz y vida propias, y ausencia de todo elemento que las haga apartarse de su generoso y primitivo destino.

Queda, pues, dicho con esto que el *Ateneo de Santiago* que hoy se inaugura es una sociedad literaria independiente de todo centro político o sociológico, y a la cual pueden pertenecer individuos de cualquier hogar y de cualesquiera doctrinas. Su fin es el adelantamiento intelectual de nuestra patria; sus medios, el cultivo de las letras en todos sus modos y formas; y la agrupación en torno suyo de cuantos, sin preocupaciones anteriores, quieran poner su dedicación y talentos al servicio de estos mismos sanos y laudables propósitos.

* Alude al orador y publicista don José Victorino Lastarria, animador, junto con Bello, de las letras chilenas en los promedios del siglo XIX. (Nota del compilador).

En una palabra, el Ateneo de Santiago aspira a que sus salones sean terreno donde toda suerte de individuos pueda encontrarse sin chocar. El amor a las letras y la decisión por su cultivo serán el eslabón que una a todos, y serán el tema común, con que se evitarán esas luchas agrias y enconadas, que nunca ilustran el espíritu y de que sólo nacen desconfianzas y divisiones. ¿Por qué la bandera del Ateneo no había de ser como una tienda bastante amplia a cuya sombra pudieran asilarse, a modo de viajeros de días de verano, cuantos en el calor de la lucha de la vida y por la vida, suelen buscar alivio y esparcimiento en el culto de las obras del sentimiento o la fantasía? A las puertas de esta institución pueden llamar confiadamente los venidos de cualquier punto del horizonte, y a nadie se le preguntará ni quién es, ni qué Dios adora, ni en qué bando se halla afiliado: basta que desee cultivar las letras, que tenga el sentimiento y la pasión de lo bello, para que pueda pasar estos umbrales y se halle entre hermanos, correligionarios y colegas.

Tal es el deseo de los directores de la nueva sociedad, y tal su propósito de mantenerla alejada de todo lo que no sea pura y exclusivamente literario y científico.

Las letras, estudiadas con anhelo sano, tienen en sí mismas elementos bastantes de vitalidad, y pueden dar cohesión y existencia larga a un centro de individuos de buena voluntad. Son frutos de un dulzor sin mezcla, que alimentan los nobles sentimientos, refrescan la fantasía y proporcionan horas de inapreciable solaz, al mismo tiempo que hacen más dignos y elevados a sus cultivadores, como que depuran las tendencias y aspiraciones y las encaminan suavemente hacia el ideal eterno de la belleza y la bondad.

Y a par de este mejoramiento del individuo en sí mismo y como elemento social, engendran ellas las obras de ingenio que sirven de enseñanza para los ciudadanos, de lustre para el país y de no disputados títulos de gloria para lo porvenir. Se puede afirmar que lo que casi únicamente resiste en la historia de los pueblos el desgaste roedor del olvido, es la obra de los poetas, los historiadores y los filósofos, que es la que suele dar nombre, y nombre inmortal a las naciones, como que cuando quiere designarse a alguna con el título más halagüeño para su orgullo se la denomina la patria de Shakespeare, la patria de Goethe o la patria de Calderón. Un genio como Dante, como Cervantes, una agrupación literaria que dé nacimiento a producciones estimables, son, en el mar de los siglos y en la noche de los tiempos, faro de luz que, al paso que señala una época célebre, alumbraba en sus investigaciones al erudito y proyecta destellos de inmortalidad sobre el pueblo.

Nunca, señores, ha habido hora de más necesidad y más oportuna para tratar de iniciar un movimiento intelectual, que en el día de hoy, en que el abatimiento general de los caracteres por una parte, y la materialización casi absoluta de la vida por otra, requieren esfuerzo mayor

y mayor empuje de parte de los que, con la conciencia de que, cuando los pueblos pierden sus ideales, pierden también sus destinos y padecen atraso grave en la carrera de su progreso, pueden hacer algo, aunando sus inteligencias y sus labores, en pro de la vuelta hacia la compensación necesaria entre los intereses espirituales y materiales de la existencia.

Si hoy se cultivan con ardor algunas ciencias, como las matemáticas, por ejemplo, es porque sus aplicaciones a la industria pueden conducir a la fortuna; pero todos los estudios espéculativos, todos los que requieren algo de idealismo, van cayendo día a día en lastimoso abandono, cuando son cabalmente, los que dignifican y levantan al individuo, y con él aseguran un mañana mejor y glorioso para el país.

Sin duda que los pueblos nuevos necesitan, más que los viejos, de los esfuerzos de la industria y de los adelantos materiales para progresar en su camino; pero, también desde el primer día que se pusieron en viaje, han debido tener en su cielo una estrella, un sol a que dirigirse como a término ideal, so pena de no levantarse nunca de la tierra, de andar como turbados y sin equilibrio, y de pasar más tarde a la categoría de aquellas naciones que no tienen historia o que ni siquiera merecen que haya una historia para ellas.

No es ésta la suerte más deseable para Chile, ni es lo mejor tampoco dejarlo rodar sin estorbo por la pendiente de la civilización material, de los adelantamientos de la riqueza y de la industria.

No se oponen ambos progresos, antes se dan la mano y se auxilian mutuamente.

El Ateneo no sólo se dedicará a las letras, sino que también dará parte de importancia en sus tareas a las ciencias, sobre todo a las antropológicas, a aquellas que estudian al hombre, sujeto el más importante de estudio para el hombre mismo. Y ¿qué son las ciencias sin el auxilio de la literatura? Si las ciencias esclarecen el espíritu, la literatura le aviva; si aquéllas le enriquecen, ésta pule y avalora sus tesoros; las ciencias rectifican el juicio y le dan exactitud y firmeza; la literatura le da discernimiento y gusto y le hermosea y perfecciona. Estos oficios son exclusivamente suyos, porque a su inmensa jurisdicción pertenece cuanto tiene relación con la expresión de nuestras ideas. Y he aquí la gran línea de demarcación de los conocimientos humanos. Ella nos presenta a las ciencias empleadas en adquirir y atesorar ideas, y la literatura en enunciarlas; por las ciencias alcanzamos el conocimiento de los seres que nos rodean, columbramos su esencia, penetramos sus propiedades, y, levantándonos sobre nosotros mismos, subimos hasta su más alto origen. Pero aquí acaba su misterio y empieza el de la literatura, que, después de haberlas seguido en su rápido vuelo, se apodera de todas sus riquezas, les da nuevas formas, las pule y engalana, y las comunica y difunde, y lleva de una en otra generación.

A una y otra cosa, a las ciencias y a las letras, y nada más que a las ciencias y a las letras, con exclusión de todo otro móvil o propósito,

es decir, a nuestra cultura intelectual en general, irán encaminados los trabajos del Ateneo, y puedo asegurar a quienes me escuchan que nunca se apartará de este su programa.

Suscribanlo, pues, los hombres de buena voluntad, la juventud entusiasta, los amantes de nuestra cultura, y contribuirán así al adelantamiento de las letras y de los estudios en Chile, con lo que habrán contribuido, y en gran manera, al adelantamiento general del país.

BRINDIS PRONUNCIADO EN EL BANQUETE LITERARIO OFRECIDO A DON ANTONIO ESPIÑEIRA

(16 de octubre de 1889)

Fuerza es, señores, que en este banquete de la amistad, hablen al fin los labios de la abundancia del corazón, y que, vertiendo a la calorosa palabra cuanto todos aquí sentimos, digamos a Antonio Espiñeira en estos primeros momentos de expansión: ¡Salud al amigo leal como ninguno! ¡Salud al único campeón, esforzado y tenaz, con que en nuestras letras cuenta el arte dramático!

Porque, hablando de cierto, aunque este tributo honroso para el amigo Espiñeira sea consagrado primaria y principalmente al poeta que, con constancia digna de éxito mejor, ha echado sobre sí la tarea de trabajar por la fundación de un teatro nacional, la verdad es que esos solos merecimiento no le habrían valido el presente halagüeño testimonio de afecto, si a sus facultades intelectuales y poéticas no estuvieran aunados una alma de elección en la amistad y un corazón patricio y generoso en que siempre han hallado cabida amplia los más altos y delicados sentimientos.

Así es como, llamados en su nombre, han podido verse alguna vez, sentados a una misma mesa y partiendo un mismo pan, hombres de distintas escuelas y filas, como si por dicha hubiera de realizarse la ilusión por tantos acariciada de que la bandera de las letras dé al recinto que ella cobija, el carácter de puerto franco, adonde tengan entrada todas las naves de patente limpia, sin aduana ni registros, y sin que se averigüen ni los colores de su enseña ni los nombres de sus consignatarios.

Bebamos, pues, por Antonio Espiñeira, representante en este momento de ideas y de afectos que a todos nos son comunes, y que son capaces hasta de soldar entre sí los rotos extremos de la cadena; bebamos por el amigo y por el poeta, laureado una y dos veces en la lid nobilísima del ingenio, y honra de esta tierra amada, digna de muchos hijos como él.

HOMENAJE AL ACTOR ESPAÑOL ANTONIO VICO

(3 de abril de 1894)

Esta reunión, en que la bandera neutral del amor a las letras y de la admiración al arte cobija a no pocos que fuera de aquí contienden en adversas filas, y en que se han aunado los espíritus de hombres que son la gloria del país, y de jóvenes que son su esperanza, es testimonio decidor de que, aun en medio de la materialidad de la vida, que tanto absorbe la fuerza de los pueblos jóvenes, hay dentro de nosotros, latentes, pero enérgicos, generosos impulsos hacia lo bueno y lo bello, que sólo necesitan para despertarse el toque mágico del cetro de estos reyes del drama y de la escena.

Reyes del drama he dicho, porque ¿qué fuera éste sin el artista que lo interpreta, lo encarna, lo populariza, lo hace vivir? Como la idea sin la palabra, la creación del poeta quedaría silenciosa y muda, y no influiría en las sociedades, ni llevaría el menos mezclado de los deleites a los espíritus que gozan con los portentos del ingenio. Son ellos, los hombres del arte, los que han llevado a todos los ámbitos del mundo las producciones grandiosas de Calderón y Lope, de Núñez de Arce y de Echegaray, y son ellos los que, ciñendo de laureles la frente de esos príncipes de las letras, se han conquistado también sus mejores y más brillantes coronas.

Juntos corren sus nombres en el ala vocinglera de la fama, y si alguna vez hemos podido recrearnos con las eminentes obras del teatro español, teatro sin el cual —con autoridad puedo decirlo— no existiría ninguno de los otros teatros clásicos extranjeros, es porque hemos tenido la fortuna de que pisen nuestras tablas artistas como Valero y Calvo, y como nuestro festejado de ahora, que, entre otras dichas, ha disfrutado de la insigne de que López de Ayala —el gran maestro— le dedicara exclusivamente su *Consuelo*.

Por él, señores y queridos amigos; por el autorizado intérprete de Calderón y Echegaray; por este rey de la escena española que comparte las glorias de esos ingenios, y nos hace deleitarnos con sus producciones!

EN LA TRASLACION DE LOS RESTOS DE DON ANDRES BELLO A SU ACTUAL MAUSOLEO

(23 de octubre de 1898)

Al fin, señores, los restos mortales de la envoltura que llevó una de las grandes almas americanas, han hallado la urna digna y conveniente que reclamaban el reconocimiento y la justicia. Si el nombre de don Andrés Bello tiene, en sus obras filológicas, jurídicas y poéticas, "un monu-

mento más duradero que el bronce y más alto que la mole real de las Pirámides", según la frase del poeta, era un complemento que harlo se dejaba esperar el que los despojos venerables que recuerdan sensible y palpablemente esa gran figura de las letras, se conservaran, bajo la égida de la gratitud, del respeto y del cariño de los chilenos, en el granito que glorifica y eterniza.

Desde los días, luctuosos en extremo para la nobilísima y siempre infortunada España *, en que Moratín y Quintana hicieron resonar, como herederos genuinos de los clásicos del siglo de oro, la pura lengua de León y de Cervantes con acentos de renovado y pulcro aticismo, no se habían sentido en parte alguna prosa y versos más robustos, de más clásico corte, de más exquisito sabor castellano que la prosa y el verso de este hijo ilustre de Caracas, que vino a nuestro país en las horas lentas de la formación y de los aleteos primeros hacia el progreso y la cultura, para enseñarnos, con autoridad no discutida, el modo correcto de hablar y de escribir, como más tarde, escogiendo con el tino del décimo Alfonso en el tesoro de las naciones más adelantadas, debía darnos también leyes inamovibles para regir nuestros actos de la vida civil.

Nunca tampoco la musa que inspiró a Teócrito y a Virgilio había descendido sobre americano alguno hasta que la evocó, con hechicero poder, el cantor del Añauco, de Clori y del Samán. Sólo en nuestros días el consagrado Ipanthro Acaico debía hacer correr por la tierra mejicana, con sople iluminado y discreto, los idilios de los de Siracusa y del de Esmirna; mas cada vez mirando cuidadoso la huella de oro dejada tras de sus pies por el maestro de las dos Américas españolas.

Horacio apareció redivivo más de una vez en las versiones parafrásticas de don Andrés Bello, y el vigor de descripción que éste luce con atavíos de seductora filigrana, en escasas ocasiones há alcanzado expresión tan atractiva como en la enumeración de los espléndidos productos de la Zona Tórrida.

El canónigo florentino que remozó al legendario personaje de Boiardo, no pudo encontrar tampoco, en el habla de Jorge de Montemayor, vocero elocuente y poético, pintoresco y animado, como el que, con el primor de sus octavas, hace poner en delicioso pero no injusto olvido al que pregonó a los vientos de la fama los amores de Orlando y la insensibilidad de Angélica.

Espíritu poderoso, comprensivo y eminentemente equilibrado, en que las facultades poéticas se hallaban en amplia armonía con el severo raciocinio filosófico, con el resolver austero del jurisperito, con la templada contemporización del gramático, con la clarívida agudeza del paleógrafo y hasta con la rígida justedad del matemático, don Andrés Bello recorrió con paso seguro el estadio de las humanidades todas, y semejó ser un sabio

* Refiérese a las rebeliones de los patriotas cubanos fomentadas por los Estados Unidos, y que culminaron en 1898 con la independencia de esta Isla, de la metrópolis hispana (Nota del compilador).

especial en cada uno de los departamentos de las mismas. No hizo ninguna investigación, ni aun en las oscuridades del primer monumento de nuestra lengua, sin dejar rastros de luz, ni dió ninguna lección que no sirviera de explicación para la teoría y de guía para la práctica a la vez. Así es como su Gramática Castellana, aun cuando el idioma en ella estudiado, organismo vivo y en constante evolución de progreso, se modifique y se altere, servirá siempre, en el transcurso de los tiempos, como faro de luz fija, auxiliar inapreciable a cuantos quieran profundizar los misterios y escudriñar los caprichos envueltos en esos elementos animados que se llaman el habla de un pueblo.

Descansen, pues, en el agradecimiento de una nación entera, en la estabilidad que da la piedra de nuestras montañas, las reliquias de varón tan sobresaliente, gloria no sólo de Chile, no sólo de América, sino de todas las españolas letras. Aquí, al pie de este monumento, vengán, en los días de más tarde, cuando llegue la hora de que este pueblo, hoy consagrado casi exclusivamente a las labores de su crecimiento material, sienta necesidad de dar también su parte a las nobles tareas del espíritu, al cultivo de las producciones del pensamiento, aquí vengán los sacerdotes de las letras a hallar su inspiración y su fuerza, para, siguiendo el ejemplo de tan egregio maestro, abrillantar la estrella y reverdecer los laureles de la patria, impulsando y engrandeciendo a un tiempo su cultura intelectual.

SOBRE POESIA EN GENERAL, Y EN ESPECIAL SOBRE LA DE DON GUILLERMO BLEST GANA

*(Conferencia leída en el Salón Central de la Universidad de Chile el
17 de diciembre de 1906)*

Señoras y señores:

No creo que necesite acudir a la benevolencia del concurso que se ha dado cita en esta aula universitaria para oír hablar de poesía y de un poeta. Si es cierto que en la atmósfera que respiramos todo se siente como impregnado del más frío positivismo, también lo es que no faltan espíritus en quienes alienta el noble ideal de la belleza, y que saben rendir culto a los hombres que, capaces de sentir honda y delicadamente, hacen también vibrar los sentimientos de los demás, pueblan la fantasía de sus lectores con imágenes seductoras y risueñas, y enriquecen la memoria con todos los primores y galanuras de la dicción.

Tales son los poetas; y, aunque en las sociedades de hoy no desempeñen el grande, misterioso papel que les cabía representar en las primitivas, en donde eran los extraños vaticinadores del porvenir, no por eso dejan de ser los que sirven para dar lustre y nombradía a la época en

que viven y a la colectividad nacional que los alberga. Si se estudian con ardor las ciencias físicas y químicas porque sus aplicaciones a la industria pueden conducir a la fortuna, y si obtienen la primacía en los puestos públicos y privados los que a ellas consagran su actividad, quedan siendo, sin embargo, los poetas aquellos seres de privilegio, cuyo nombre sirve preferentemente para caracterizar la grandeza o la intelectualidad de una nación.

Muchos son los hombres de ciencia y de invenciones prácticas que ha producido la Inglaterra; pero cuando se la quiere denominar de un modo que halague el patriotismo y personifique sus más altas y halagadoras tendencias, entonces se la llama la patria de Shakespeare, de Milton y de Byron. Gloria de la latina Italia son Galileo y Volta; pero cuantos la aman y la enaltecen la designan gallardamente como la patria del Dante, de Petrarca y del Tasso *.

Los hombres de ciencia, por más amplia y profundamente que dominen el objeto de sus estudios, siempre permanecen un tanto aislados; siempre sus esfuerzos, luminosos y útiles, tienen por campo uno solo o varios de los departamentos del saber, y sólo en ése o éstos, su obra es fecunda y beneficiosa para los demás; en tanto el poeta, que vive de la influencia de su siglo y de su sociedad, y con ellos se compenetra y en ellos también influye, personifica y representa los ideales y las tendencias de su tiempo y de su gente; todas las almas lo comprenden y, poseídas de un mismo soplo vivífico, se mueven instintivamente a par de la suya; todos los corazones palpitan a su impulso; realiza una obra universal; y es él, no ente aislado, sino el profeta y el cantor que anuncia o celebra todo lo que interesa, todo aquello por que en su afán incansante se agita y desvive la pasión de la siempre inquieta familia humana.

La poesía es una necesidad del hombre y de la sociedad, y por eso ha nacido con ellos mismos. En la vida terrena, que es una serie no interrumpida de agridulces, en que el platillo de los infortunios está de ordinario mucho más cargado que el del bienestar, no hay hombre que en algunas ocasiones no haya sentido aguarésele los ojos, oprimírsele el corazón, y palpado la imperiosa necesidad de desahogarse en exclamaciones de tristeza, en elegías decidoras, en frases patéticas y quejumbrosas que desgarran a quienes las escuchan. Esa es la poesía del dolor.

Otras veces cuando ocurre —¡tan raramente!— partir el pan de las breves alegrías de la existencia, el alma se forja la ilusión de que va a poder retenerlas, prolongar su duración, hacerlas quizá eternas, concentrándolas en las formas azuladas, aéreas y ligeras, pero con todo perdurables, de la poesía; y entonces el amor, esa pasión dominadora de la vida, fuente inagotable de la inspiración y de la ventura del hombre, da nacimiento al idilio, a la canción, al madrigal, a cuanto hay de más delicado, de más interesante, de más humano en la poesía de los tiempos y naciones. No hay hombre que no haya sentido alguna vez esas dulces,

* V. Núñez de Arce, *Discurso sobre la poesía*, en el Ateneo de Madrid (Nota del autor).

perturbadoras palpitaciones y que no haya sido, en consecuencia, con palabras o sin ellas, el poeta del amor.

Otros asuntos acaloran también la fantasía del poeta: Dios, con su inmensidad, con su poder, con su providencia, atributos todos que sobrecogen al pobre entendimiento, incapaz de abarcarlos en su extensión y de explicárselos, ejerce sobre el inspirado la atracción poderosísima del misterio, y los poetas místicos y religiosos no podrán jamás faltar en la historia de las letras. Los sorprendentes descubrimientos; las magnas conquistas que día a día la inteligencia lleva a cabo sobre los elementos y el espacio; las grandes acciones que los hombres realizan por los generosos y fecundos impulsos de sobresalir, de merecer fama y duradero recuerdo para después de sus días; la virtud, con su constante alegría y su perpetuo sacrificio; el mar con sus bravíos temporales, la tierra con sus sacudidas y borrascas; el invierno con su frías tristezas, y la primavera que lo dora y embellece todo, hasta las ruinas; en suma, cuanto pasa por encima, cuanto se alza sobre las pequeñas miserias del mundo y de la vida, todo puede ser rico venero, abundante manantial de inspiración y de luz para el poeta.

La antigüedad buscó siempre en la naturaleza, en el mundo externo, los tipos artísticos de la poesía: ésta fué eminentemente objetiva. Escasos fueron los que, escudriñando las sinuosidades del propio corazón, nos legaran sus ecos de duda, sus lamentos de desengaño, ni sus encendidas manifestaciones de cariño, ni sus tibias, acariciadoras esperanzas.

Vino después la edad de hierro, ese largo paréntesis entre las civilizaciones griega y romana, y la civilización moderna el laúd de la ternura enmudeció, y los narradores de hechos hazañosos, de más importancia para la historia de las lenguas que para los que buscan el atractivo del numen y la filigrana de la versificación, ocuparon la plaza de los cantores de las clásicas literaturas.

La época moderna careció también, en gran parte, de ese subjetivismo, de ese algo eminentemente personal e íntimo que casi podría decirse la característica de la poesía del siglo XIX y del actual. España, que llevó sus armas y sus leyes a todas las regiones del mundo, como que en su dilatado dominio aparecía redivivo y con mayor fuerza el potente imperio romano, influyó también considerablemente en el modo interno y en la forma del desarrollo de las letras en los continentes conocidos, y muy singularmente en estas sus colonias americanas.

Sería interesante tema elucidar con la extensión y acopio de conocimientos y de datos necesarios, el punto de si hay realmente una literatura americana.

Si la literatura, filológicamente hablando, no es otra cosa que la colección de monumentos que ha producido un idioma culto determinado, y que el fruto elaborado por ese organismo viviente y progresivo que se llama lengua, parece fuera de duda que la literatura, que un sentimiento de exagerado americanismo hace llamar americana, no es, genuinamente, sino una derivación, una rama de la española. Así las obras

de los escritores que, nacidos en Mileto o en Alejandría, escribieron en griego, pertenecen a la literatura de la Grecia, y no a la del Egipto o del Asia Menor. Así son de la literatura latina Quintiliano, el hijo de Calahorra, y los dos Sénecas cordobeses. Así en los Estados Unidos, a pesar de su maravilloso progreso y de su sorprendente prosperidad en todos los departamentos de la actividad, a nadie se le ha pasado por la mente separarse en idioma de Inglaterra, y su literatura es y seguirá siendo vástago regional de la madre patria. Lejos de tender a las diferencias dialécticas, es generoso y es conveniente propender a la unificación constante de la lengua en todos los países que la han recibido como herencia, así como es generosa, aunque profundamente ilusoria, la propensión de algunos espíritus hacia un idioma universal, llámese éste *völpük* o *esperanto*. El idioma da nacimiento a la literatura, y no la literatura al idioma, por lo que aquélla, separada de éste, no se concibe ni jamás puede existir, a no ser que se consideren como idiomas los gritos apenas articulados de los alacalufes, o de los salvajes de Fidji y de Samoa.

Quizá alguna literatura podría apellidarse americana, y es la llamada precolombina. Si en la hermosa tierra de los aztecas existió brillante y vigorosa, es punto aun no del todo comprobado, cuando ahora mismo se controvierte el si se destruyeron o no por las llamas en la plaza de Tlatelolco las pinturas simbólicas de Tezcuco y los archivos de Tenuchtitlan, crónicas fieles, documentos importantes y cantos escogidos de aquellas razas que sucesivamente ocuparon el valle del Anáhuac. Solamente se conservan algunas rimas del regio solitario de Tezcotzinco, en que Netzahualcoyotl se remontaba a los cielos por medio de su inspiración y cantaba al Ser Supremo en una entonación y con un lenguaje verdaderamente religioso.

Dejando a un lado el *Popol-Vuh* y otros documentos atribuidos a los quichés de ambas orillas del mar Caribe, la vasta monarquía de los hijos del Sol no nos ha transmitido, por sus imperfectos y rudimentarios medios de comunicación escrita y tradicional, ninguna de las producciones con que los aravicos del Cuzco y de Quito regalaban, al son de la quena, los oídos de sus soberanos.

De manera, pues, que la literatura americana propiamente tal, no ha existido en América de un modo comprobado; y con documentos que puedan acreditarla; y si existió después de la era colombina, fué una literatura de mera imitación, sobre todo de los defectos y gongorismos de la peninsular, y reducida a los indigentes temas que podían tocarse en tiempos de proscripción de toda ilustración y estudio, en que los libros casi se desconocían en absoluto, y en que la libertad de pensar y de expresarse era una esperanza quimérica que nadie podía aventurarse a abrigar.

Y saliendo de la época de la conquista y de la colonia para llegar a la de la independencia, se advierte una semejante escasez. Eso sí que los poetas de entonces alzan ditirambos a la independencia y a la libertad, e inyectivas durísimas y crudas contra los que acababan de ser sus opresores; pero todos en el fondo y corte españoles, recuerdos descoloridos de Quin-

tana y de Cienfuegos, en los cantos de estos poetas por la independencia de España y en contra del invasor francés.

Las poesías que se deben a Henríquez y a Vera, para contraer la atención sólo a Chile, son respetables y dignas de conocerse y conservarse por lo que simbolizan, por el espíritu que reflejan, y por las sagradas memorias que evocan; pero del todo inaceptables ante un criterio estético que juzgue en absoluto y con prescindencia de aquellas relativas consideraciones.

No se puede decir lo mismo de las producciones hasta cierto punto abundantes, que formaron el despertar o el florecimiento de la literatura en Chile, en el período entre 1841 y 1846. Causas que por el momento no hay para qué recordar, determinaron que muchos jóvenes que se sentían con vocación para el manejo de la pluma, de los cuales algunos realmente poseían la vena que hierve en los poetas, y mediante la cual éstos se abrasan en el fuego de las musas; y de los cuales otros concebían la poesía como una resultante fatal del *Arte de hablar en prosa y verso*, se lanzaron a escribir, sobre todo metrificando, para demostrar con los hechos que los nacidos en Chile, aunque país templado, podían lograr y lograban tan alto vuelo por las laderas y cumbres del Parnaso como los acariciados por los soles tropicales. *La América Poética* de 1846, el *Semanario* y el *Crepúsculo*, y algunas otras publicaciones contemporáneas de éstas, son el archivo en que se han recogido éstos que podrían decirse los primeros suspiros de nuestras musas, no poco primorosos algunos, y nada dignos del olvido en que hoy suele mantenerseles.

Ese movimiento arrastró resultados de todo punto favorables para la ilustración y cultivo generales, y éstos pasaron a ser, por legítimo título, patrimonio de la juventud que por entonces se levantaba.

Entre ésta, y acercándome al poeta cuya obra ha sido designada como primordial tema de esta Conferencia, descollaban tres hermanos, formados en el hogar de un distinguido médico irlandés, y de una ilustre matrona santiaguina.

Uno de ellos sobrevive a los otros dos, y aunque en el extranjero, don Alberto Blest Gana hace ver laboriosamente, y casi de lustro en lustro, a sus compatriotas que jamás los pone en olvido por una parte, y por otra, que la pluma con que se escribió *El Primer Amor*, aparecido desde la primera entrega de la *Revista del Pacífico* en 1858, permanece con sus puntos tan enteros y vigorosos como entonces, cual si fueran de finísimo diamante. Al lado de don Alberto en el campo de las letras, y muy sobresalientemente en el de la poesía, figuraba don Guillermo Blest Gana, encargado, en ese propio año 1858, de correr con la publicación de la *Revista* que acabo de mencionar, y cuyo primer tomo, que dirigió casi exclusivamente, contiene numerosísimos trabajos suyos, y de sus hermanos Alberto y Joaquín.

Si alguna vez en Chile, o en cualquiera otra parte del mundo, ha habido un hombre que haya nacido poeta en la más amplia extensión que comporta esa palabra, ha sido don Guillermo Blest Gana. Poseía una alma tan extremadamente sensible a las impresiones del amor y de sus goces,

de los desengaños y sus penas, como una facilidad igual para declarar después todos esos sentimientos de una manera expresiva y seductora. Todos los hombres sienten más o menos lo mismo, en identidad de situaciones y con idéntica preparación de sus facultades sensitivas; pero unos no pueden expresar eso que sienten sino con lágrimas, o con gritos o gestos, y otros, como Blest Gana, como Bécquer, con versos que salen del alma y llegan al alma, con tanta naturalidad, que quien ha pasado por la misma situación, y antes no ha podido sino llorar o prorrumpir en mudas articulaciones, cree y piensa sinceramente que él habría podido hacer lo mismo. Es que el uno recibió con la luz de la vida la facultad casi divina de poder traducir en la palabra las modificaciones de su yo sensible, y el otro no.

Dice Aristóteles que la poesía vale e importa más que la historia, porque la historia representa las cosas como son, y la poesía las representa como deben ser; pero los poetas llamados subjetivos, como Blest Gana, ni como son, ni como deben ser las representan, sino como ellos las ven en su imaginación *. Esta imaginación suya, no obstante, o bien porque coincide con la del lector en el momento en que el poeta poetiza, o bien por el mágico poder de sugestión que en ella hay y que a los demás se impone, hacen del poeta un ser popular y original, que arrebatara tras de sí, y obliga a entrar y a deleitarse en el mundo fantástico que para él ha creado sin otra mira ni propósito que los de su solaz y esparcimiento.

Don Guillermo Blest perdió a su queridísima madre en edad aún temprana, y este doloroso suceso le hirió tan profundamente las cuerdas de la sensibilidad, que desde ese instante su lira se sintió más predispuesta a la queja y al llanto, que a la sonrisa y a la alegría. En las playas de Constitución, a las orillas del Huenchullami, había hollado la húmeda arena en la compañía de su madre y de sus hermanos, y al recordarla después en esos mismos lugares, los ojos se le anublaron, y sus versos son sólo un canto dolorido y un ¡ay! desgarrador, supremo adiós de lo amado que se ha muerto, y de las gratas esperanzas que se han ido. Muy pocos años después, la hiel de un mortal desengaño, el desamor de una mujer amada con el inmenso amor primero, cuando el alma, como las flores al rocío, se abre a las más dulces y nobles emociones de la existencia, redoblaron esa melancolía, y dieron a su noble y expresiva figura de patricio, a sus ojos claros, que siempre fueron de indeciso mirar, una expresión de tristeza indefinible, que lo hacía aparecer como un soñador, o como un hombre que vaga extraviado entre los demás, que no son como él y no lo comprenden. No en todos los pechos hacen una misma herida los golpes de las decepciones, o los dardos envenenados de la ingratitude.

Y, sin embargo, en su trato social, en sus conversaciones tan llenas de interés, y a veces llanas y salpicadas de vino y palpitante despegue por las formas y por todo lo que el vulgo aplaude, y busca, se notaba cierta grave, consoladora y optimista filosofía, que se advertía con sorpresa en sus narraciones de apariencia más liviana. **

* Valera, sobre don José Zorrilla. (Nota del autor).

** V. Menéndez Pelayo, ap. Cervantes (Nota del autor).

Y todo arrebolado con un buen humor reflexivo y sereno, que parecía la suprema ironía en quien había rodado mucho mundo y sufrido muchos descalabros en la vida, sin que ni los duros trances del trabajo, ni las amarguras del ostracismo, ni los empeños, todavía más duros para el alma generosa, de la lucha cotidiana y estéril con la adversa y apocada fortuna, llegasen a empañar la olímpica serenidad de su alma, no se sabía si regocijada o resignada.

En 1854, la prensa de la Imprenta Chilena de esta capital dió a luz, en un volumen de más de 326 páginas, sus *Poesías*. No podría afirmar si ésta es la primera publicación en Chile de un libro de poesías de un solo y mismo autor; pero lo que sé decir, sin agravio de muertos ni de vivos, es que hasta entonces no había aparecido en Chile un libro de ese género y de una igual importancia. El autor, nacido en 1829, no enteraba aún los veinticinco años; y en tal edad, en que muchos comienzan apenas a vivir una vida consciente, daba él a la stampa una hermosísima colección de sentidos y apasionados versos, que debía hacer perdurable su nombre, y que hará perdurar su memoria en los anales de la literatura chilena.

Hay que trasportarse con el pensamiento a esa época de más de medio siglo atrás, en que la atmósfera era muy distinta en la cultura de lo que es hoy, para apreciar en su debido valor el esfuerzo de esa musa poderosa y soñadora que logra dar a luz en este país sin literatura, un libro que luego es reproducido con encomio en los grandes y adelantados pueblos europeos.

Incansable en su labor, en 1857 publica *La flor de la soledad*, poema de tristes memorias, en que el poeta, con doloroso valor, vuelve los ojos a los días de su desgracia, al año 1851, en que había perdido a su madre. Meses después, junto con ocuparse asiduamente en la redacción y dirección de la *Revista del Pacífico*, cuyas crónicas políticas también escribía, compone y hace representar dos piezas dramáticas, una de ellas que subió a la escena del Teatro Municipal el 26 de enero de 1858, intitulada *La Conjuración de Almagro*, llena de interesantes situaciones, y compuesta en delicados versos que aún hoy mismo se oírían con agrado.

Los vaivénés de la política lo arrastraron fuera del país, y de paso en el Ecuador, cúpole ser el único acompañante, a él extranjero, pero poeta, del entierro de Dolores Veintimilla de Galindo. Era ésta una hermosa mujer, de gallardas formas y de clara inteligencia, poetisa de alma y de pluma, que nos ha dejado sus quejas y su despedida en versos sentidísimos, y que desapareció violentamente de la escena por medio del suicidio: capaz de afrontar una terrible muerte, pero no los tiros de una vil calumnia. Lo que don Guillermo Blest Gana hizo con ese motivo, fué una acción muy propia de un corazón tan bien puesto como el suyo: en un pequeño pueblo, en que aquel suicidio de una dama, en cuya honra se cebaban muchas lenguas, había caído como el más negro de los escándalos, no se encontró ni quienes quisieran llevar a la fosa su ataúd. Pero sí hubo un distinguidísimo chileno que, a pie, solo y con la cabeza descubierta, acom-

pañó hasta la última morada esos restos, con el alto respeto que merece una mujer muerta, más infortunada que culpable.

Visitó también la Europa, y, como era natural, se detuvo con particular complacencia en España. En Madrid colaboró en el acreditado periódico *La América*, que dirigía don Eduardo Asquerino, y entre muchas otras poesías suyas aparecidas en la Madre Patria, se recuerda *El Ruiseñor*, dedicada a don José Selgas.

Ministro en la República del Ecuador a su regreso, fué enviado después al Plata y al Brasil, y en ese punto supo mantener con vigorosa entereza los derechos y títulos de Chile, con motivo de la discusión de derechos a la Patagonia, y de la fundación de la colonia del Río Santa Cruz.

Desde 1863 pertenecía a este Cuerpo Universitario con el carácter de miembro de la Facultad de Filosofía y Humanidades. En el acto de su ingreso a ella, el 29 de abril de ese mismo año, leyó un discurso que contenía interesantes reflexiones acerca del estado actual de la poesía, y de sus tendencias en la América Española. Principia esa su pieza literaria trazando el elogio de don Manuel Talavera, a quien iba a suceder en la Facultad, y sigue con reflexiones acerca de la poesía en la América Española, lo que le ofrece oportunidad para pasar revista a diversos escritores y diversas obras, y concluye manifestando que no son los ingenios los que escasean en América. "Lo que nos falta —dice— para producir obras dignas de memoria, es el estudio, la constancia y el trabajo".

Después de la guerra del Pacífico de 1879 a 1881, a cuyo fin le cupo la honra de ser designado como jefe político de Lima, el señor Blest Gana desempeñó diversos e importantes cargos administrativos, no sin dejar de consagrarse siempre a su gran pasión, la poesía. En efecto, en 1884 recopilaba en un volumencito muchas de sus composiciones de los últimos años, y las dió a luz con el nombre de *Armonías*. No son superiores a aquellas frescas, fragantes flores juveniles del libro de treinta años atrás, de 1854. pero todas ellas están impregnadas del mismo vago, melancólico sentimiento, del mismo aroma, del mismo amor guardado a través del tiempo y de las dolorosas mudanzas de la vida. Hay melodías y ditirambos, y algunas melopeas, llenas de terneza y de regalo, que hasta sus postreros años el señor Blest declamaba, con acompañamiento de piano, y a que daba una expresión indefinible, que contagiaba fácilmente al auditorio con su propio, soñador sentimentalismo.

La sacudida que el país experimentó con los trastornos de 1891, y que fué tan dolorosa para todos, lo fué doblemente para el señor Blest Gana. Pasado algún tiempo, al fin un rayo de luz atravesó las tinieblas, y se hizo justicia al gran poeta y al gran servidor del país. Por desgracia, el mal que le había hecho el desconocimiento de su personalidad, no tenía remedio, y su ida a la Intendencia de Linares, último puesto público que desempeñó, y en el cual obtuvo su jubilación, fué su verdadero adiós a la vida. Con el espíritu lleno de resignación, aunque quebrantado a veces por toda suerte de desencantos, pasó los postreros días de su existencia soportando

una enfermedad molesta, pero consagrado siempre a la lectura y a sus recuerdos, y a sus favoritas conversaciones literarias.

Un distinguido joven * que lo visitó algunos meses antes de su muerte, hace, entre muchos otros, los siguientes recuerdos del ilustre enfermo:

“La pieza de don Guillermo era una pieza casi desnuda que, en su sencillez, hacía recordar la celda austera de un convento. Las paredes sin adornos, las ventanas sin colgaduras, algunos cuadros místicos, retratos y relojes era todo lo que se veía en las murallas. Con frecuencia, sus ojos permanecían fijos en esos retratos, como si evocara un recuerdo que lo hacía vivir otra vez en el pasado y, con más frecuencia, miraba la aguja que seguía indiferente y fría su camino en la esfera del reloj, como si quisiera adelantarse al porvenir.

“Parecía sentir esa singular preocupación del tiempo, esa necesidad extraña de saber la hora que experimentan los que se acercan a la muerte, como una misteriosa fascinación de la eternidad que se aproxima.

“En ese cuarto todo estaba en silencio: no se oían más que las pisadas sordas de la enfermera, el sonido de las hojas del libro que leía y el alegre movimiento de una tenca que saltaba entre las plantas que crecían con tristeza en la ventana.

“Recuerdo que un día, al entrar a su pieza, noté que algo faltaba allí: era la tenca. Cuando notó que mis miradas se fijaban en el vacío que había dejado aquel ave en la ventana, me dijo:

“—También la tenca se ha cansado de acompañarme... Se murió!... pobrecita!

“Y después se quedó en silencio; en sus ojos flotaba la melancolía de un cariño tronchado. No me inquietaba dejarlo saborear esa vaga tristeza porque sé que las almas delicadas saben encontrar, si no un placer, a lo menos una secreta emoción tranquila y poética en el fondo de los grandes dolores. Es la dulce compensación con que la vida se hace perdonar las desgracias con que hiere, como a pesar suyo, a las almas buenas.

“Allí vivía don Guillermo Blest, en esa soledad inevitable de una larga enfermedad en que poco a poco se va haciendo el vacío. Uno que otro sólo iban a verlo y, sin embargo, los que lo visitaban debían encontrar en la amable hospitalidad del poeta una generosa compensación para ese pequeño sacrificio. Su charla inagotable, viva, salpicada de observaciones y recuerdos, animada por anécdotas chispeantes y pinturas de los hombres y de los países que había frecuentado, tenía un encanto fascinador.

“Allí lo encontré, como siempre, junto a la ventana sumido en un sillón. Al verme entrar, trató de incorporarse y sus ojos claros, velados por un tul vago de ensueños, se fijaron en mí tan suavemente que parecían no mirarme.

“Un reloj dió las seis, luego otro las repitió y otro en seguida — parecía aquello el retiro de Carlos V.

“—¿Qué tal? A ver cómo está su reloj con los míos, me dijo.

* Don Antonio Orrego Barros. (Nota del autor).

“El último entretenimiento de su vida consistía en comparar a cada momento una serie de relojes y observarlos en su marcha eterna hacia adelante... hacia el futuro.”

En la mañana del 7 de noviembre, hace hoy trece meses, falleció don Guillermo Blest Gana, y principió para su memoria la reparación: en el entierro, hizo su cumplido elogio el decano de la corporación universitaria a que pertenecía el poeta, y poco después el Consejo de Instrucción Pública acordó la publicación de sus obras por cuenta del Estado, y los poderes públicos otorgaron los fondos necesarios para ello.

En este año, la Universidad ha querido honrar el nombre de tan ilustre miembro suyo, y por eso ha dispuesto esta Conferencia destinada singularmente a recordar sus talentos y sus grandes obras. Que el país se asocie a esta manifestación del Cuerpo Universitario, lo demuestra la selecta concurrencia que me ha dispensado la condescendencia de escucharme.

Es que todos, inspirados por un espíritu de justicia, desean que empiece cuanto antes la hora de la glorificación.

LOS LIBROS DE CABALLERIAS

(Lectura en la Academia del Colegio de los Sagrados Corazones)

No puedo disimular la satisfacción con que vengo a tomar asiento entre estos jóvenes cultivadores de las letras, y a justificar mi presencia con el tributo de un modesto trabajo: figúraseme así que torno a aquellos verdes años en que fui de los que echaron las bases de esta Academia externa, y que veo de nuevo a mi alrededor a aquellos camaradas del tiempo juvenil, con regocijo de verse unidos a la nueva generación de poetas y escritores a quienes por ley ineludible de la naturaleza hemos debido ceder el paso. Es la hora en que, tanto por el tiempo trascurrido, como por las flores de amarga adelfa deshojadas en las sienas, la vida se escurre buscándole al presente su contrahierba en el pasado, señal por lo demás inequívoca de que el crepúsculo vespertino se aproxima.

Recuerdo, por lo mismo, como si ahora fuera, que, bajo la dirección del Padre Augusto, que era tan enriquecida inteligencia como bien encaminado corazón, iniciamos y seguimos una animada controversia sobre la Novela, en que acaso nunca se llegó a término definitivo y para todos satisfactorio.

Y atando aquellas ideas de entonces con las de hoy, me siento inclinado a repasar sobre las propias huellas, si bien considerando el tema por uno solo y estrechísimo de sus aspectos, como conviene al tiempo disponible.

Cuando en mis estudios de literatura española clásica he debido encontrarme forzadamente con la copiosísima formada por las novelas de

caballerías, me he interrogado a mí mismo por qué esos libros pudieron hacer por muchas décadas, casi podría decirse centurias, el deleitoso embeleso de los lectores de uno y otro sexo, no sólo en las clases bajas, sino en las más elevadas esferas de la sociedad.

Si bien es cierto que a veces semeja que un soplo trastornador de toda sindéresis infundiera en la Humanidad el olvido de los postulados más respetables, y deprimiera el gusto hasta empujarlo a regocijarse en lo insulso y baladí, también es cierto que esas fuerzas de acción se encuentran luego con las de reacción correspondientes, y, a cabo de un período no siempre largo, el equilibrio se restablece, y la cordura vuelve por sus conculcados fueros.

La literatura caballescá, sin embargo, con ser tan ofensiva al sentido común en su fondo, como lo era a los cánones literarios su lenguaje sesquipedal y afectadísimo, subsistió, en los países latinos principalmente, no sólo en la relación de muchos años, sino en contra de las prohibiciones de las autoridades civiles y eclesiásticas, y en contra de las fundadas declamaciones de escritores de la mayor notoriedad.

Semejante fenómeno, único en la historia de las letras, no habría podido verificarse si la literatura caballescá no hubiera tenido fundamento en los sentimientos virtuosos de la Humanidad, únicos que pueden ser base duradera de cualquiera empresa.

Cuando los sucesores de Carlomagno, impotentes para conservar la unidad del gran reino heredado, abdicaron el poder que les correspondía, y establecieron el feudalismo con la cesión a los grandes del dominio de las tierras a cambio de una obediencia nominal, el desgobierno se enseñoreó del mundo, y la fuerza fué la única ley que imperó en toda la Europa. No existiendo un poder central bastante fuerte para hacer respetar el derecho contra los desmanes y los atropellos, eran los débiles víctimas naturales de los poderosos, y los señores feudales vivían a contribución del trabajo y de la sangre de sus súbditos. Nada habría sido eso si, a par de las exacciones y despojos, no se hubieran verificado de continuo irritantes ofensas contra la honra y contra la vida de los desamparados vasallos.

Como la moral puede ser desconocida o ultrajada momentáneamente, pero al fin recobra y es acatado su imperio, del propio modo, en aquel estado de tristísima disolución, no faltaron hombres informados por espíritu generoso y amigo de la justicia, que se allanaron a abrazar la causa de los oprimidos y de los débiles, y echar sobre sí la abrumadora carga de librarlos de las persecuciones y asechanzas de los poderosos.

Tal fué el origen de la caballería andantesca.

Apuestos mancebos que, junto con sentir en el alma ímpetus de valor, ardían en deseos de lidiar en pro de las doncellas ultrajadas y de los huérfanos desposeídos, embrazaron su adarga, se ciñeron la espada, y con la lanza pronta a encajarse en el ristre del peto, salieron por caminos y se situaron en encrucijadas, ganosos de brindarse como sus campeones y defensores. Aquí oían una querella, y allí estaban al punto,

levantando el rastrillo del ancho y bajo portón del magnate, a demandarle alguna explicativa satisfacción, o a exigirselas por el trance y fuerza de las armas, en caso de negarse aquél a darla.

El papel en que figuraban tan empeñosos y abnegados paladines, los hacía aparecer ante todos, y singularmente ante las víctimas de injustas expoliaciones, con un carácter casi divino: era su misión administrar la justicia distributiva, suplir, en cierto modo, la acción reparadora de la Providencia. Y si los campeones del derecho eran jóvenes y gallardos, la fantasía popular, sobre todo en la parte femenina, de grado y sin el menor esfuerzo los endiosaba más y más, les atribuía prendas superiores a las de que estaban adornados, y los extremos portentosos de su ardimiento pasaban de boca en boca, y exaltaban imaginaciones y narradores.

Los troveros en el norte, y los trovadores en el sur de Francia; y en España los juglares, ya de péñola, ya de boca, se apoderaron de los temas, que suministraban esas hazañas de los andantes caballeros, ya abultadas en el cuento de la agradecida niña, o del rapaz defendido, y las cantaron en gestas y romances, únicos rumores que interrumpían el monótono manejo de las armas, o la vida nunca alternada de la castellana en su torreón.

En sus comienzos, la leyenda se conformó con agrandar las proezas caballerescas dentro del límite que a todo señalan las humanas fuerzas; pero, después. ávida la fantasía de más y más aventuras, no se conformó con lo real, ni aún con lo verosímil, y pidió al portento y a lo maravilloso sus recursos deslumbradores. Los caballeros no lucharon ya sólo con otros caballeros, sino con gigantes, endriagos y vestiglos; otras veces hacían batalla con fieras y alimañas de extraño y sobrenatural poder, y tan pronto combatían en la tierra como en el agua o en el aire. "¿Por ventura es cosa nueva —decía don Quijote— deshacer un solo caballero andante un ejército de doscientos mil hombres, como si todos juntos tuvieran una sola garganta, o fueran hechos de alfeñique? Si no, díganme cuántas historias están llenas de estas maravillas." (Quij., p. 11, c. I.).

Y, en efecto, de estas hazañas u otras semejantes refieren varias las historias caballerescas. En el libro 1º de la *Historia de Morgante*, se refiere que éste peleó solo con todo el ejército del rey Monfredonio: "Después de haber cenado, mucho a su voluntad, un gran ciervo asado que por su porción le habían dado, se levantó pasada la media noche, y armado de sus platas y capellina, llevando en una mano una granada de fuego griego, y en la otra su grande y pesado badajo, de hierro, embistió antes de amanecer el campo de Monfredonio, y él solo mató más de diez mil hombres".

La torre donde Floripe acogió a los caballeros de Carlomagno, fué combatida en vano, según cuenta la historia de ese Emperador, por un ejército de doscientos mil hombres, que es cabalmente el número que le ocurrió a don Quijote. (Clemencín. comentario al lugar citado).

Y si saliendo de los encuentros de hombres con hombres, o de hombres con jayanes de descomunales fuerzas y de colosales proporciones, pa-

samos a las refriegas con encantadores y encantados, a las peleas con enjambres invisibles, o con espíritus de fuego que abrasaban la atmósfera y sofocaban a millares, entonces entramos más de lleno a la materia que puede llamarse la común y característica de los libros caballerescos que se derivaron y nacieron de las antiguas historias de Amadís, de su hermano don Galaor, y de su hijo Esplandián.

Fué, pues, una degeneración de la primitiva leyenda la que llevó a cabo la literatura posterior andantesca, singularmente en los siglos XV y XVI, o sea en los últimos de su improductiva existencia.

La caballería andante, que realmente existió, le dió un principio posible, verdadero y honesto; pero, cuando, contituidas las nacionalidades, establecido el poder central en cada comarca con más o menos fuerza, y garantizados, en lo posible, los derechos, la institución de esa caballería caducó porque ya sus servicios eran innecesarios, la literatura especial que se había desarrollado bajo su ala honrosa y benéfica, continuó existiendo sobre una base totalmente falsa, pervirtió los ideales antiguos y prístinos, y, obligada a saciar una curiosidad que cada día crecía más en un mundo quimérico e ilusorio, echó por el atajo de los más inverosímiles despropósitos, y sus autores aparecieron como atacados de una verdadera manía de falsedades, errores y disparates.

La literatura caballeresca tuvo, por consiguiente, su origen en una fundación laudable y virtuosa, y narró en sus albores, no sin exageración, sin duda, de asuntos y de tintas, proezas que realmente se llevaban a cabo por aquellos que habían tomado en sus hombros el peso de la reparación de los agravios y de las injurias.

Cierto es que mucho de lo contado en esos libros primitivos reviste para los lectores de la época actual caracteres de inverosimilitud que se avecina grandemente a la falsedad; pero hay que tomar en cuenta que, dadas las novedades acerca de razas y de climas que día a día hacían circular en Europa las antiguas narraciones de Marco Polo, y las expediciones y descubrimientos de los portugueses después, y eso sin contar con las extraordinarias leyendas de todo género que del Levante habían traído los Cruzados, dadas esas novedades, todo se creía posible, y, en tesis general, nadie podía negar la existencia de hombres de proporciones y empuje fuera de lo común, de tesoros inagotables y extraños, de monstruos desconocidos, y de vida y cualidades tan nuevas como temibles.

Por otra parte, las ideas reinantes acerca de los dictados del honor, y de lo que es debido a los caprichos y condiciones femeniles, se hallaban harto distantes de las que imperan hoy, sin duda con más recto y filosófico criterio.

Valga por toda prueba el hecho que ocurrió en 1434 en Castilla, y bajo el reinado de don Juan II, hecho que es conocido con el nombre de *El Paso Honroso*, y que ha inmortalizado en una brillante leyenda tradicional el duque de Rivas, descendiente directo del hidalgo mantenedor de aquel Paso. Si no fuera que los archivos han guardado los documentos históricos que comprueban aquel hecho, a la hora de éstas se

le creería fruto exclusivo de la fantasía de algún poeta o romancero medioeval. (Véanse íntegros los documentos en el apéndice H al tomo I del *Compendio de Historia de España*, por Ortega y Rubio.— Valladolid, 1893).

En efecto, hallándose el Rey el 1º de enero de ese año en Medina del Campo rodeado de toda su corte, en la cual descollaba don Alvaro de Luna, se presentó ante él el noble caballero don Suero de Quiñones, y le expuso que hacía cuatro años que, por obtener el amor y correspondencia de una señora doña Luz, debía llevar todos los jueves “continuamente” una argolla de fierro al cuello; y que, deseando que el Rey, o los jueces en su nombre, le libertaran de esa especie de cautiverio, proponía defender, acompañado de nueve caballeros, parientes o amigos suyos, el puente de Orbigo, por donde forzosamente debían pasar los peregrinos a Santiago de Compostela, desde el 10 de julio hasta el 10 de agosto del dicho año de 1434, y romper allí trescientas lanzas, o sea diez lanzas por día, con cualquier caballero natural o extranjero que solicitara el paso.

Otorgóselo el Rey con todas las formalidades oficiales, y, durante los días dichos, en el puente de Orbigo don Suero y sus nueve amigos justaron una vez cada día con cuantos adversarios se les presentaron. Al término, el 10 de agosto, los jueces, don Pedro Barba y don Gómez Arias, atentos a que se habían cumplido caballerescamente las condiciones de aquel singular torneo, dieron su sentencia, que termina así: “Virtuoso caballero e señor: Como hayamos oído vuestra proposición e arenga, e nos parezca justa, descimos, segund que de la justicia refoir non podemos, que damos vuestrás armas por complidas, e vuestro rescate por bien pagado. Y acerca de vos mandar quitar el fierro, descimos e mandamos luego al rey de armas y al faraute que vos le quiten; porque nosotros vos damos de aquí por libre de vuestra empresa e rescate”. Y agrega Rodríguez Delena, el cronista: “Luego el rey de armas e el faraute baxaron del cadahalso (o tablado), e delante de los Escribanos con toda solemnidad le quitaron el argolla de su cuello, cumpliendo el mandamiento de los Jueces”. Poco después, la dicha doña Luz, presente a aquella ceremonia, casó con don Suero de Quiñones.

Pero, como acontece con todas las cosas humanas, estas narraciones novelescas de la caballería, que por algún tiempo correspondieron en algo al estado social, a las creencias y leyes que las inspiraban, se abatieron luego a ser simples cuentos fabulosos, en que, así como no se acataba a la verdad, se ultrajaban el buen sentido y los más elementales consejos de la retórica. Aquella burla de “la razón de la sin razón que a mi razón se hace”, fué sobrado benévola, porque podrían entresacarse docenas de guirigayes peores de los mismos libros de Feliciano de Silva, o de otros. Sólo Clemencín, en el lugar correspondiente, dice así: “Este ovillo de razón y sin razón es un ejemplo de los infinitos que ofrece del mismo género la crónica de don Florisel: “Ay, que veo tanto, que con lo mucho que veo, no me veq”: así decía Daraida hablando con la princesa Diana. —“¿Estáis cansado? dijo ella. —De pensar como no canso,

dijo él: mas no hay cansancio que con el cansancio de tal pensamiento no tome descanso".— Y en otro lugar: "El fuego de Lucela me abrasa, templando su fuerza con la fuerza de mayor fuerza que la muerte de mi Niquea me hace".—"O muerte— decía otra vez Daraida: ¿Y para qué me tornas la vida? ¡O vida! ¿por qué me niegas la muerte? ¡O amor! ¿por qué usas de desamor? ¡O desamor! ¿por qué te llamas amor?... ¡Ay de mí! que cosa no quiero, que no me la niegue el quererlo, cosa no quiero que el querer no me la otorgue".

Cervantes escribió el último libro de caballerías, en forma tan sensata, que desterró para siempre todos los demás: después de *El Ingenioso Hidalgo*, (1605), no se compuso, ni se ha compuesto ninguna obra como las anteriores. Pintó en su héroe y protagonista el desatino de andar armado de todas armas, y buscando las aventuras y combates singulares, en una época en que hacía tiempo que había concluido su papel la caballería andantesca, y se había restablecido el orden social; y retrató en Sancho lo ridículo que era creer semejantes fingidas hazañas, y admirarlas, y consiguió su objeto de tal modo que no ha faltado quien haya dicho "que lo fuerte del remedio produjo el exceso contrario, y que la irrisión que hizo Cervantes de los libros comunes de la caballería, contribuyó a debilitar las ideas y máximas del antiguo pundonor castellano". (Véase Clemencín, prólogo).

Hoy, sólo para conocimiento de los doctos y para facilitar investigaciones sobre esa abundante y extraña literatura, se dan a luz algunas novelas de caballerías, como recientemente lo ha hecho don Adolfo Bonilla y San Martín, publicando entre otras, narraciones tan alejadas del común pensar como *Palmerín de Inglaterra*, *Oliveros de Castilla*, y el *Conde Partinuples* (Tomo 11 de la Nueva Biblioteca de Autores Españoles.—Madrid, 1908).

Junio de 1911.

DISCURSO DE INCORPORACION EN LA ACADEMIA CHILENA DE LA LENGUA, CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPAÑOLA

(21 de noviembre de 1915)

Señores académicos, señalada honra es adquirir derecho a sentarse entre vosotros, que habéis vinculado vuestros nombres a la Historia de la Nación en modo tal que los hombres de más tarde se sentirán orgullosos de llamaros sus antepasados.

Circunstancia es ésta que habría hecho inexplicable el llamado espontáneo a vuestro seno, hecho a persona tan desvalida de la fortuna y de las sociales relaciones, si no viera que con ello habéis querido galardonear en

mí, para estímulo de los demás, mi dilatada y perseverante consagración a la enseñanza de la juventud. Con elevado espíritu de justicia y benevolencia a la vez, habéis contemplado que, adolescente aún, abracé la penosa carrera en que me hallo hoy con la cabeza emblanquecida; y, para honra de vosotros mismos, habéis querido honrar al que ha inspirado a numerosas generaciones afición al estudio, amor a la fatiga, y culto a la lengua y a la literatura castellanas.

Acrece en mí la valía de semejante distinción el venir a ocupar la silla que pudo haber decorado en esta Academia el señor don Zorobabel Rodríguez, que ha dejado en las buenas letras, en el Parlamento y en el periodismo, el surco de las más relevantes prendas de inteligencia y sentimiento, de ecuanimidad y buen criterio.

En días ya alejados, casi en el albor de mi juventud, fui llamado a servir en el diario que redactaba el señor Rodríguez, a quien por eso me complazco en llamar mi maestro en las labores de los diaristas.

Favorecido más tarde con su trato, franqué los umbrales de su hogar, alterné con su familia, y en esa intimidad pude comprender y admirar las virtudes del hombre a quien antes sólo había estimado como novelador, polemista y poeta.

El 9 de septiembre de 1863 aparecía en Santiago un periódico bise-manal, llamado *El Bien Público*; y, desde su primer número hasta el cuarenta y ocho, con que terminó su existencia, publicó como folletín una novela intitulada *La Cueva del loco Eustaquio*. Era su autor don Zorobabel Rodríguez; y aunque no contaba sino apenas veintidós años, había informado la obra de tal espíritu de vida que ninguno de los lectores del periódico dejó de interesarse por ella. Sobre la base de una tradición lugareña, trazó una narración, autobiográfica en parte, recuerdo de aquellos amores de niño que en el alma sensible y buena dejan memoria perdurable para toda la extensión de la vida. El sano realismo de la obra, la delicada melancolía que como un ambiente se aspiraba en sus páginas, y el lenguaje correctísimo, que muy pocos podían conocer y usar en ese tiempo, la colocaron desde el primer momento entre los libros selectos de la hasta entonces escasa biblioteca chilena.

En *La Cueva del loco Eustaquio* aparece dominador el culto que don Zorobabel Rodríguez rindió a los tres ideales que caracterizan y avigoran el alma de los hombres grandes y buenos: el amor a Dios, el amor a la Patria y el amor a la familia. "En la fe cristiana —decía en su último testamento, otorgado el 19 de enero de 1901— y en el seno de la Iglesia Católica nací y he vivido; y espero que Dios me haga la merced de perseverar hasta el fin."

Esta profesión de fe, del año mismo de su muerte, era la repetición de la que había hecho desde los primeros pasos de su existencia, desde que había presentado algunos ensayos literarios en prosa y verso en la Sociedad de San Luis, fundada en 1854, cuando Rodríguez contaba apenas quince años de edad.

Del amor a la Patria, que tiene de grande cuanto de desinteresado, y que abunda tanto en ternura cuanto en él se respira el perfume de los primeros recuerdos de la vida, dieron prueba eficaz los veinte años que don Zorobabel Rodríguez consagró al diarismo y al desempeño de sus funciones parlamentarias. Aunque vocero de un partido político, nunca subordinó a los intereses singulares de éste, los superiores de la Patria; y por eso, aquéllos a quienes representó cumplidamente en la Cámara y en la prensa, han podido decir de él, con absoluta verdad, que fué tan excelente partidario como leal y acendrado patriota. Este amor a la tierra natal adquiría en sus discursos y en sus versos un tono de romántica elegía cuando volvía la vista a las laderas siempre en flor en que había nacido, y de las cuales decía alguna vez con hipérbole pintoresca:

*Allá, en el fértil valle donde juntos
el limonero y el naranjo crecen;
donde nacen silvestres las violetas,
y el chirimoyo y lúcumo florecen;
donde no hay ave que cantar no sepa,
ni ruido que no sea una armonía,
ni flores inodoras, ni en Verano
noches sin luna y dulce poesía;
donde, en las viñas, la encendida rosa
es vil maleza que se arranca y siega;
donde en las bardas que las tapias cubren
con juncos dobles el ambiente juega...*

Quillota, que es la tierra galanamente poetizada en *La Cueva del loco Eustaquio*, aparece en donde quiera en las obras de Rodríguez, y fué allí donde quiso pasar sus últimos lustros, a la sombra de los castaños que lo habían visto crecer y a la vista de las alturas del Mayaca, en donde duermen el sueño de la muerte muchos de sus caros antepasados.

El respeto a la memoria de éstos fué un culto supersticioso en el alma de Rodríguez, característica indubitable de que en ella tenían albergue depurados y nobles sentimientos. Sólo los seres más viles de la creación pueden desconocer la solidaridad que necesariamente los liga a los padres y demás ascendientes. "¡Qué hermosa era mi madre, dice Rodríguez, cuando en las limpias tardes de verano, después de comer, al ponerse ya el sol, se sentaba rodeada de toda su familia bajo el corredor, vuelta la cara hacia el Poniente! Allí nos enseñaba el Catecismo."

Y agrega más adelante, extremando la pintura: "La felicidad, la riqueza, la gloria del niño, están en el regazo de su madre. ¡Mi madre! Yo quisiera pintaros a mi madre cual era: quisiera decirlos que era el genio de la maternidad encarnado bajo la forma de una virgen: yo quisiera que viéseis su retrato: ¡deseo vano! ¿De dónde sacaría yo el azul cielo de sus ojos, el encarnado de sus labios, el oro de sus cabellos, el blanco de su cuello?"

Años más tarde, recordándola en una sentida poesía, creía encontrar sus rasgos en alguna de las concurrentes al templo, en la escultura de algún altar. "Hay muertas que vuelven", dice Pablo Bourget; y Rodríguez veía siempre en su mente desfilar la procesión de los antepasados, y entre los vivos creía reconocerlos, de repente, por

*La nota de un acento,
la luz de una mirada; el eco de una sílaba,
o la expresión celeste de un tenue sonreír.*

Me ha parecido, señores académicos, que honraba más la memoria del insigne escritor a quien sucedo en esta Corporación, con presentar ante vosotros, aunque en rasgos generalísimos, tales cuales eran, su alma y su corazón, que no practicando el análisis de sus obras. Sobre ser que esa tarea se ha realizado ya, en gran parte, por quienes han escrito en las diversas obras dadas a luz para enaltecer su fama de diarista, de político y de profesor de Economía, yo estimo que nada levanta más al hombre sobre el nivel de los demás hombres que el tener el alma siempre abierta a las generosas pasiones, que cuando son las religiosas, engendran los mártires; cuando las patrióticas, engendran los héroes; y cuando son las del amor al hogar y a la familia, engendran los hombres hidalgos y virtuosos, que son el lustre y la prez de las sociedades.

Apretábame a ello con igual fuerza el pensamiento de que debía partir el espacio de este discurso entre el recuerdo de tan esclarecido antecesor, y la consideración, aunque ligera, de alguno de los asuntos propios de esta Academia Correspondiente. Cada cual escoge los temas que se encuentran más cerca del centro de sus conocimientos o investigaciones; y como los míos forzosamente se relacionan con la cátedra que desempeño en nuestro Estudio General, he pensado que no me descaminaría si rectificaba aquí, como ya otras veces lo he hecho, algunos de los errores que como válidos se difunden en puntos atañedores a la Historia de la Literatura Española.

En casi todos los tratados que la enseñan, escritos en la Península o en estas regiones, se asienta que la genial obra narrativa de Vélez de Guevara, "El Diablo Cojuelo", es una novela picaresca: propóngome ahora demostrar que ello no es así, que no pertenece a ese género el libro del insigne ecijano, y que sólo una imperfecta concepción de él ha podido sugerir la especie al primero que la estampó, y a quien sin estudio han copiado los demás. No es de imaginarse cuánto cuesta hacer desaparecer un error de los muchos que se propagan en materias literarias: cuesta tanto como contrarrestar alguna calumnia que corra en los centros sociales. Hace cuarenta y cinco años que don Aureliano Fernández Guerra y Orbe demostró de un modo inconcuso que la *Canción a las ruinas de Itálica* era sola y exclusivamente de Rodrigo Caro: en un tratado de *Análisis Lógico* publicado en Santiago por un profesor de gramática hace apenas un mes, se atribuye todavía a Francisco de Rioja, como si aún nos halláramos en la declinación del siglo XVIII.

La novela llamada picaresca es una rama del árbol literario que sólo pudo brotar y aclimatarse en España, y en tiempo de su riqueza y poderío. En el capítulo III de la Primera Parte del *Quixote*, dice el ventero socarrón que armó caballero al héroe manchego, que "el ansimismo, en los años de su mocedad, se había dado a aquel honroso ejercicio, andando por diversas partes del mundo buscando sus aventuras, sin que hubiese dejado los Percheles de Málaga, Islas de Riarán, Compás de Sevilla, Azoguejo de Segovia, La Olivera de Valencia, Rondilla de Granada, Playa de Sanlúcar, Potro de Córdoba y Las Ventillas de Toledo." Refiriéndose a esta enunciación geográfica, los comentadores del *Quixote* la llaman "un mapa picaresco de España", o sea sitios en que se reunía y daba cita el incontable batallón de rufianes, lenas, ladrones y bravos que entonces infestaban a la Península. En la comedia *Eufemia* de Lope de Rueda, como ya lo anotó Rodríguez Marín, el temerón Vallejo dice a su amo: "Y corté el brazo a Vicente Arenoso, riñendo con él de bueno a bueno en los "Percheles de Málaga", el agua hasta los pechos." Y a las "Ventillas de Toledo, dice Clementín, solía concurrir gente devota de Baco y pendenciera, como lo cuenta Cervantes en la comedia del *Rufián dichoso*, donde, hablando de éste y de sus valentías, dice Fray Antonio, alias Lagartija:

*En Toledo, en las "ventillas"
con siete terciopeleros
él hecho zaque, ella cueros,
le vide hacer maravillas.*

En las mismas ventillas o figones aprendió a jugar al rentoy Carriazo, uno de los principales personajes de la novela *La Ilustre Fregona*. El concurso sería mayor en los tiempos de la opulencia y florecientes fábricas de Toledo, y, por consiguiente, mayor la ocasión de campar en ella la gente viciosa y baladí."

Seis de los lugares enumerados en ese mapa picaresco corresponden a los partidos de Andalucía, como que ésta era la región de España más favorecida por la gente del bronce, haragana y de carda, que iba allá atraída por los galeones que anclaban en sus puertos cargados con el oro y la plata de las Américas. Sevilla, principalmente, era el imán que atraía a esa turba de peligrosos visitantes. En el "Discurso Preliminar" a su *Estudio sobre Rinconete y Cortadillo*, copia don Francisco Rodríguez Marín algunos trozos de lo mucho que se escribía sobre la imponderable riqueza de la ciudad del Guadalquivir. "Cosa es de admiración y no vista en otro puerto alguno —escribía un historiador local— las carretas de a cuatro bueyes que, en tiempo de flota, acarrean la suma riqueza de oro y plata en barras; desde Guadalquivir hasta la real Casa de la Contratación de las Indias". "En 22 de marzo de 1595 años —consigna un escritor de efemérides— llegaron al muelle del río de Sevilla las naos de la plata de las Indias, y la comenzaron a descargar, y metieron en la Casa de la Contratación trescientas treinta y dos carretas de plata, oro y perlas de gran valor. En 8 de mayo de 1595 años sacaron de la capitana ciento tres carretadas de

plata y oro, y en 23 de mayo del dicho, trajeron por tierra, de Portugal, quinientas ochenta y tres cargas de plata y oro y perlas... y en seis días no cesaron de pasar cargas por la puente de Triana."

Al atractivo de tanta riqueza dirigían sus pasos a Sevilla, o a las demás ciudades de Andalucía que se le vecinaban, los ladrones y desocupados no sólo de la Península Española, sino de toda Europa. De ahí que los pícaros o individuos sin profesión ni oficio conocido, que así podían ser barrenderos de una venta o secretarios de un Arzobispo, escogiesen estas tierras privilegiadas como el territorio y centro de sus afanes. Por eso, la novela "picaresca" es y ha sido única y genuinamente española.

Hacia los últimos años del reinado de Carlos V, apareció sin nombre de autor un librito llamado *La Vida de Lazarillo de Tormes*, que corrió dentro y fuera de España con tan buena estrella que, después de la *Comedia de Melibea*, ningún libro de lengua española llegó a tener en menos tiempo más ediciones. Constaba de siete cortos "tratados", o capítulos. Un poble diablo cualquiera, obediente al mandato de un señor a quien debe mercedes, narra los casos que le han sucedido, y que son de tan escasa importancia como su persona misma. "Llega a tal punto la naturalidad y verdad de esta autobiografía, narrada por un hombre vulgar y lego, que muchos han creído a pie juntillas que, así como suena, el que escribió el libro fué lego y vulgar, y lo que escribió fué su propia autobiografía." (Julio Cejador).

El protagonista de este librito es el primer "pícaro", en el orden del tiempo, de la novela española de ese carácter. El es, por consiguiente, el progenitor de "Guzmán de Alfarache", obra ingeniosísima de Mateo Alemán, escritor antes desconocido, y que hoy sabemos tiene extrañas afinidades de vida con Cervantes; y antepasado también de *El Gran Tacaño*, y del interesante *Gil Blas*, debido a la hispánica sabiduría y espíritu de asimilación fácil de Le-Sage.

En todas estas novelas, el "pícaro" cuenta sus aventuras, traza su propia biografía: el autor no aparece: es una obra indirecta, en que el personaje que introduce habla por él. Todo el enredo estriba en la diversidad de empresas en que se ve comprometido el protagonista, y de que da cuenta él mismo.

Guzmán de Alfarache comienza contando quién fué su padre, y principios de amores de su madre; cómo salió de su casa, las ocurrencias que tuvo con un mesonero, y su primera prisión; después refiere cómo sirvió a un cocinero, y más tarde se hizo soldado en Almagro, después sienta plaza de mendigo, y concluye la primera parte de su vida con servir de paje a un Cardenal, y en seguida asienta con el Embajador de Francia, donde también hace algunas burlas.

En la segunda parte de su vida, da noticias de su nueva prisión, de los robos que a su tío y deudos hace en Génova, de su casamiento en Madrid, de sus servicios y hurtos a una señora, de su prisión en la cárcel de Sevilla, de su traslado a galeras, y de cómo pudo salir de ellas. Concluye

prometiendo una tercera parte, que nunca se escribió, o, por lo menos, no se publicó.

Estos son el fondo y forma característicos de la novela picaresca: fondo, aventuras y sucesos de pícaros; forma invariable, relato autobiográfico. Nada de esto hay en la novela de Vélez de Guevara, que la mayor parte de los que han escrito sobre Historia de la Literatura Española clasifica entre las picarescas.

Su origen debe buscarse en más alto ciclo, porque en algo participa de la alegoría o visión extra-humana, tan comunes en las derivaciones de la *Dvina Comedia*, y en parte se inclina originalmente a la invectiva, como en los *Sueños* de Quevedo. La novela toda de Vélez de Guevara es una sátira cortés de la sociedad de su tiempo, felicísima en la mayor parte de sus cuadros, y no afeada por la licencia y crudeza tan comunes en las novelas de la época. *El Diablo Cojuelo* sería una narración clásica de primer orden, y aún leible hoy día, si no la deslustrara el conceptismo, y si no se hallara sobreabundante en equívocos y frases convencionales de difícil o imposible comprensión en nuestra era. Aun después del trabajo llevado a cabo por don Adolfo Bonilla y San Martín, en su edición de Madrid de 1910, la novela de Vélez de Guevara queda aguardando un comentario que la explique y la ponga al alcance general.

Desde las primeras líneas despierta interés por el modo nuevo de entrar en acción: un estudiante de profesión, don Cleofas Leandro Pérez Zambullo, anda aprendiendo a gato por los caballetes de un tejado, hurtando el cuerpo a unos alguaciles que lo persiguen, por demanda de una doña Tomasa de Vitigudiño, cuando divisa la luz por la ventana de un zaquizamí, y allí busca su escondite.

Solitario estaba aquel desván o cueva, en que no se veían otras cosas que frascos de bálsamos y astrolabios, cuando de una redoma salió una voz, que al fin resultó ser la del Diablo Cojuelo. El licenciado Pérez Zambullo quebró la redoma, y, de entre un líquido que ella contenía, salió un diablillo feo y cojo, por haber caído el primero del Cielo, y los demás sobre él, con lo que quedó más estropeado que todos. En pago de la libertad que el estudiante le había dado, el diablillo lo llevó en volandas hasta el capitel de la torre de San Salvador, la más alta de Madrid, y allí, a la una de la mañana, por su arte infernal, levantó todos los techos de las casas de la Villa. Con esto termina la narración del "tranco" primero, y empieza la del segundo, que contiene una risueña descripción de lo que vieron en las habitaciones de los desapercibidos hijos de Madrid, hasta que la luz del día hizo reponer la cubierta a las casas, y concluir con este "tranco".

Todo el tercero y parte del cuarto refieren ocurrencias de la misma Corte, hasta el punto en que se dirigen a Toledo, y alojan en un mesón, el de la Sevillana, en donde Vélez de Guevara se ríe donosamente de las comedias de tropel o de ruido, en que él mismo lució no pocas veces su peregrino ingenio.

Estaban todos los alojados rindiendo vasallaje al sueño, cuando a las dos de la noche las voces de "¡fuego, fuego!" los despertaron con el consiguiente asombro y sobresalto. El mesonero les volvió la tranquilidad con decirles que quien daba las voces era un "poeta de los que hacen comedias", y que había escrito dos que se las habían chillado en Toledo y apedreado como viñas, y que estaba acabando de escribir la comedia de Troya abrasada; y que, sin duda, debía de haber llegado al paso del incendio, y se convertía tanto en lo que escribía, que habría dado aquellas voces, y que para confirmarlo subiesen con él a su aposento."

Se encontraba en él el poeta, revolcado en papeles, echando espumarajos por la boca y pronunciando ya con mucho desmayo: "¡fuego, fuego!". Reconvenido por el mesonero, el poeta dijo entonces: "Mucho mayor alboroto fuera si yo acabara aquella comedia de que tiene V. M. en prenda dos jornadas por lo que le debo, que la llamo las Tinieblas de Palestina, donde es fuerza que se rompa el velo del Templo en la tercera jornada y se oscurezca el sol y la luna, y se den unas piedras con otras, y se venga abajo toda la Fábrica Celestial con truenos y relámpagos, cometas y exhalaciones, en sentimiento de su Hacedor, que por faltarme los nombres que he de poner a los sayones, no la he acabado..."

Después de esta burla de un género dramático que empezaba a despuntar, viene en los "trancos" siguientes la pintura de una casa de locos y del palacio de la Fortuna y sus cortesanos, hasta que en el octavo se estacionan don Cleofas y el Diabolo Cojuelo en Sevilla, y allí por medio de nigrománticos sortilegios, logran ver en un espejo, y como si estuvieran presenciándolo al vivo, el espectáculo del paseo en la calle Mayor de Madrid, a las dos de la tarde. Desfilaban a la vista del asombrado estudiante coches, carrozas y literas, y sillas, y caballeros a caballo", "y tanta diversidad de hermosuras y de galas, que parecía que se habían soltado Abril y Mayo, y desatado las estrellas." Este dilatado cortejo, que se refleja mágicamente en el luminoso vidrio, le brinda oportunidad a Vélez de Guevara para, en una rápida enumeración de la nobleza de la coronada villa, mencionar a cuantos miembros de la grandeza conocía, o con quienes quería congraciarse.

En el "tranco" noveno asisten los dos viajeros aéreos a una Academia de los mejores ingenios de Sevilla, lo que también favorece al autor para nombrar elogiosamente a algunos de ellos. Véase una muestra: "El Presidente era Antonio Ortiz Melgarejo de la insignia de San Juan, ingenio eminente en la Música y en la Poesía, cuya casa fué siempre el Museo de la Poesía y de la Música; era Secretario Alvaro de Cubillo, Ingenio Granadino que había venido a Sevilla a algunos negocios de su importancia, excelente cómico y grande versificador, con aquel fuego andaluz que todos los que nacen en aquel clima tienen; y Blas de las Casas era Fiscal, espíritu divino en lo divino y en lo humano."

Pone fin a esta novela el "tranco" décimo, en que se refiere que don Cleofas, que había ingresado a la Academia Sevillana con el nombre de

"El Engañado", propuso unas pragmáticas y ordenanzas que en adelante habían de guardarse en aquella ilustre asociación.

Lo primero que manda don Apolo, que es quien da las ordenanzas, es que "todos escriban con voces castellanias, sin introduzillas de otras lenguas, y que el que dijere: "fulgor", "libar", "numen", "purpurear", "meta", "trámite", "afectar", "pompa", "trémula", "amago", "idilio", ni otras de esta manera ni introdujere posposiciones desatinadas, quede privado de poeta por dos Academias, y a la segunda vez confiscadas sus sílabas, y arados de sal sus consonantes, como traidores a su lengua materna."

No hay que tomar en cuenta en esta primera pragmática la circunstancia de que algunas voces ya contaban con largos años de aceptación en el castellano: lo que hay que ver en ella es el legítimo y plausible celo de Vélez de Guevara por que no se acepten en cualquier idioma otros neologismos que los necesarios, porque la introducción de los que no son tales, acarrea consigo la multiplicación de las sinonimias de la lengua, sin acrecimiento de su riqueza real. La segunda de las mismas pragmáticas dice relación con la pronunciación u ortología de las frases y vocablos: "Item: que nadie lea sus versos en idioma de jarabe, ni con gárgaras de algarabía en el gutur, sino en nuestra castellana pronunciación, pena de no ser oídas de nadie." Entre las demás ordenanzas es de citar una de las últimas, que dice así: "Item, que ningún poeta sea osado a hablar mal de los otros, si no es dos veces en la semana."

Concluye, por fin, la obra con una inscripción latina en que el autor somete todo lo contenido en ella a la revisión de la Santa Iglesia Romana.

Esta exposición de cuanto se halla en los diez "trancos" en que está dividido *El Diablo Cojuelo*, pone en transparencia que, lejos de pertenecer a la categoría de las picarescas, es una novela de pintura de costumbres sociales, en que se censura lo ridículo y se aplaude lo honesto, y al propio tiempo es descripción de personas y cosas, que varían la escena y diversifican con discreción el argumento de toda la obra.

El ingenioso resorte de que se sirvió el *Diablo Cojuelo* para mostrar a don Cleofas las intimidades de la vida madrileña después de la media noche, pareció el mejor de que podía valerse para satirizar diversos aspectos del París del siglo XVIII, al novelista Renato Le-Sage, que publicó una adaptación parafrástica, menos moral y más pesada que la del dramático español. Bajo el velo de que los sucesos narrados y las conversaciones que se refieren, pasan en ciudades del reino de España, el novelista se toma toda suerte de excesivas libertades para introducir en acción personas, dichos y hechos demasiado transparentes de la sociedad francesa de su tiempo.

Como quiera que se juzgue la conciencia con que Le-Sagé se aprovechó del original trabajo de Vélez de Guevara, hay que reconocer la verdad con que aquél dice a éste que tiene que agradecerle el que haga conocer su nombre a una gran parte de una nación que sin eso no lo habría conocido jamás.

Lo mismo, creo que este modesto trabajo mío contribuirá a que el libro a que me he estado refiriendo,, y que es un pequeño tesoro de chistes y atinadas observaciones, sea más conocido que hasta ahora, y salga de la simple categoría de una novela picaresca para subir a una superior, en que no hay nada de lo vulgar y lego de las aventuras de los pícaros, y si espíritu de investigación moral y literaria, y un roce con mejor gente y con mejor sociedad. No hay nada que aumente más, por otra parte, el caudal de voces y giros de que el que habla o escribe echa mano, como la lectura de libros que requieran cierto esfuerzo para la recta inteligencia de algunos párrafos, o el manejo del Diccionario para su total y correcta comprensión. A diario estamos echando la culpa de nuestra ignorancia a la escasez y pobreza del léxico, cuando, en realidad, no es la lengua la que nos falta, sino que somos nosotros los que faltamos a la lengua.

En estos afanes, no sólo de depuración, sino de incremento de nuestro lenguaje, desmedrado y corto además, cúplele desempeñar interesante papel a la Academia Chilena, correspondiente de la Real Española. No faltan en su seno los ingenios suficientemente preparados para tales labores, si se mira, sobre todo, a su Director*, que ha sido el Maestro de todos nosotros en muchos de los departamentos del saber humano.

Ni los años que pesan algo sobre mí, ni la nube de desventuras que ha oscurecido el cielo que miré arbolado en mi infancia y en mi juventud, han podido quebrantar mi vigorosa afición al trabajo intelectual; y por eso me hace sonreír la esperanza de que podré cooperar con los míos a los esfuerzos de la Academia, ya que el consuelo de las tristezas y el olvido de las ingratitudes, se encuentran sólo en la abstracción que trae consigo el consagrarse al estudio y a las lucubraciones científicas y literarias.

Así puede mirar aún de frente, y no estrellarse siempre con sombras el obrero intelectual; y aun si se quiere, abrigar algunos ideales de corta realización para el porvenir, ya que, si mira para atrás, no divisa sino el vasto cementerio de todas las ilusiones de la vida.

DISCURSO LEIDO EN LA SESION SOLEMNE CON QUE LA
ACADEMIA CHILENA DE LA LENGUA CONMEMORO, EL
23 DE ABRIL DE 1916, EL TERCER CENTENARIO
DE LA MUERTE DE CERVANTES

Motivo de particular satisfacción es para la Academia Chilena, correspondiente de la Real Española, que tan selecto concurso social haya querido prestar adhesión, como lo demuestra su presencia en esta sala, a la celebridad conmemorativa del día en que, hace trescientos años, dejó su envoltura terrena el espíritu inmortal de Miguel de Cervantes Saavedra.

* Monseñor Crescenté Errázuriz, notable humanista e historiador, fallecido en 1931.

Honrar a los hombres que han sido por sus obras y sus talentos a modo de piedras miliareş en el camino del pensamiento de la humanidad, es honrarse también a sí propio, porque lo más digno, aunque a veces lo más escaso, es el reconocimiento y valoración de los méritos ajenos. Más de un siglo pasó después de la muerte del ingenio cuya memoria aquí nos congrega, sin que su propia patria se diera cuenta de quién él era, y de lo mucho que le debía. Gozaba, según la frase de Clemencín, del placer que le proporcionaban sus producciones, como los campos gozan de las benéficas influencias del sol, sin dar muestras de agradecerse las.

Cervantes, que en definitiva dejó a la lengua castellana en la forma gallarda de que hoy nos enorgullecemos, no vino a tener biografía sino en 1737, y eso mediante el entusiasmo de un noble inglés, el barón de Carteret. La escribió el erudito don Gregorio Mayáns y Siscar; pero, desconocidos entonces los modernos métodos de investigación, no buscó más datos que los que podían suministrarle las obras del autor, y así resultó una biografía de conjeturas: da por patria de Cervantes a Madrid, en vez de Alcalá de Henares, y lo hace nacer en 1549, en lugar de 1547.

Al fin se descubren las partidas de su nacimiento y muerte; diversas informaciones acerca de su cautiverio y sus servicios; y en 1897, don Cristóbal Pérez Pastor hace culminar las indagaciones de más de un siglo con la publicación de sus *Documentos Cervantinos*. A pesar de todo, aun hay lagunas de consideración en el conocimiento de la vida de este hombre que fué admirable en todos los sentidos que comporta la palabra.

Los primeros veinte años de su vida —de 1547 a 1569— pasan en la obscuridad. Acaso estudió las primeras letras en su ciudad natal; acaso siguió después curso de latinidad en el Colegio de los Jesuitas, de Sevilla; ello es que su nombre no aparece en las matrículas de las dos grandes universidades españolas de la época, la de Salamanca y la de Alcalá de Henares: fué más bien un graduado en la Universidad de la vida. No fué, sin duda, como Erasmo, uno de los grandes humanistas del Renacimiento; pero estuvo muy distante de ser un ingenio lego. Hasta las equivocaciones en las citas de autores que la censura ha anotado en el Prólogo de la Primera Parte del *Quijote*, son ingeniosa sátira de los alardes de erudición de los autores de su tiempo. Su primera obra literaria es un soneto a la Reina Isabel de Valois, a quien poco después, en 1568, debía llorar como muerta. Aparece un año más tarde en Italia, al servicio del Cardenal Julio Acquaviva; y el 7 de octubre de 1571, soldado de los tercios de don Miguel de Moncada, pelea con denuedo en una falúa, al mando de doce hombres, en la acción naval de Lepanto que salvó a la cristiandad de la barbarie de los turcos. Si bien se hallaba enfermo ese día, prefirió, según sus propias palabras, morir por su Dios y por su Rey antes que permanecer a salvo bajo cubierta: recibió dos arcabuzazos en el pecho, y quedó con la mano izquierda estropeada para toda la vida.

Cuatro años transcurren entre su asistencia hospitalaria y su participación en diversas campañas marítimas, hasta el 26 de septiembre de 1575, día en que, de regreso a su patria, la galera *Sol* que lo conducía fué

apresada por fuerzas superiores enemigas frente a Marsella, y Cervantes, con su hermano menor, llevado cautivo a Argel.

Cuál fué su conducta durante los cinco años que permaneció en esa cárcel dura y bárbara, lo acredita una información en que doce de los prisioneros de más calidad lo pintan como un verdadero héroe en el cautiverio. El redentor Fray Juan Gil resume esas certificaciones y dice: "Desde el tiempo que estoy en este Argel haciendo la redención por mandato de su Majestad... e tratado y conversado y comunicado particular y familiarmente al dicho Miguel de Cervantes... y le conozco por muy honrado, que a servido muchos años a su Majestad; y particularmente en este cautiverio ha hecho cosas por donde merece que su Majestad le haga mucha merced, como más largamente consta por los testigos arriba escritos; y si tal en sus obras y costumbres no fuera, ni fuera por tal tenido y reputado de todos, yo no le admitiera en mi conversación y familiaridad".

Cuando iban a cumplirse los cinco años de la triste vida de Argel, su amo Hassán-Bajá fué destinado a Constantinopla; y como Fray Juan Gil no disponía sino de doscientos ochenta escudos de oro, en vez de los quinientos que se pedían por el rescate de Cervantes, éste fué embarcado junto con los demás esclavos de Hassán, y al otro día debía seguir para el Oriente. Un último esfuerzo hizo el abnegado trinitario redentor de cautivos: consiguió en préstamo los escudos que faltaban para completar los quinientos, fué a bordo de la galera de Hassán, y regresó a tierra con Miguel de Cervantes ya libre. Con ese acto Fray Juan Gil dió el *Quijote* a la humanidad.

Sólo cuatro años después de la vuelta a la patria, aparece Miguel de Cervantes en las letras: su *Galatea*, novela pastoril al estilo italiano, fué su estreno. El teatro, a que quiso consagrarse en seguida, no fué para él manantial ni de lucro, ni de gloria. Pensó entonces en algún empleo en América: no lo consiguió; y hubo de conformarse con el miserable puesto de recaudador de trigo, cebada y aceite para la provisión de la Invencible Armada, con la asignación de doce reales diarios, que después fueron rebajados a diez.

La ocupación era bien ingrata. Tenía que recorrer todos los lugares y cortijos de Andalucía, extrayendo por la fuerza la décima parte de lo cosechado, y pagando con vales que los labradores se negaban a aceptar. En Ecija fué excomulgado por haber echado mano sobre productos pertenecientes al Cabildo Eclesiástico de Sevilla. Vida asendereada, mal recibido en todas partes: de pueblo en pueblo, de venta en venta, tuvo ocasión de ver mucho mundo y de tratar con toda clase de individuos, desde altos personajes como oidores o canónigos, hasta con rufianes, tahures y gente de mal vivir.

Esta vida que se desarrollaba ante sus ojos en forma tan varia, y que ofrecía a su espíritu tesoros de observación y de experiencia, la trasladó al papel: empezó a componer sus *Novelas Ejemplares*. Era la primera vez que en Europa aparecía la novela humana propiamente tal, en que se bosquejaban los tipos nacionales y se pintaban los paisajes de las diversas

comarcas españolas. Tan humanos, tan llenos de vida son los personajes de las novelas cervantinas, que muchos de ellos se han individualizado o se están individualizando, así como también han podido localizarse sus diversas escenas.

La génesis del *Quijote* debe buscarse también en estas mismas *Novelas*, que Cervantes principió a escribir acaso en 1597. El *Quijote*, en su primera forma, no fué sino una novela ejemplar: así lo acreditan el corte y disposición de sus primeros seis capítulos, que en realidad fueron escritos primitivamente como uno solo, y que equivalen a la extensión media de cualquiera de las *Novelas Ejemplares*.

Cuando llegó al punto del escrutinio de la librería de su héroe, vió Cervantes que el asunto daba para mucho más que para una de las novelas en que estaba ocupándose; y, al darle nueva, más extensa y variada forma, creyó deber manifestar que lo había guiado el intento de concluir con los libros de caballería.

La publicación de la Primera Parte del *Quijote* se hizo en los primeros días del año 1605; pero el manuscrito de la obra debió pasar por diversas manos desde que lo compró el librero Francisco de Robles. Cuál fué el precio de venta, hasta ahora no lo conocemos; pero, a juzgar por lo que se pagó a Cervantes por otras obras, la suma tal vez no fué envidiable, y seguramente no se pagó de una vez, sino por parcialidades: Cervantes recibió 1.336 reales por su *Galatea*, y 1.600 por las doce *Novelas Ejemplares* que dió a luz en 1613.

A pesar de que en el propio año de 1605 se repitió la impresión de su obra, Cervantes no mejoró de condición ni pecuniaria ni socialmente. En los primeros días de julio lo encontramos viviendo pobremente en una casa de vecindad de las afueras de Valladolid: su hermana, hija y sobrina se ocupan en costuras que no les producen mucho, y él gana la subsistencia con el modestísimo oficio de memorialista. Una noche de ese verano es herido mortalmente en la puerta de su casa un noble galanteador: la justicia prende en el acto a Cervantes y a todos los suyos, por creerlos con alguna participación en el crimen: después de tres días de cárcel, salen todos en libertad. Era la tercera vez que Cervantes conocía los sinsabores de la prisión, después de sus años de cautiverio en Argel.

Pero, ni las privaciones, ni los descalabros de todo género, ni una existencia entera sin felicidad y sin fortuna, lo impulsaron a permanecer con la pluma ociosa: seguía escribiendo más novelas, poesías, dramas, entremeses, y continuaba el *Quijote*. En 1614 iba Cervantes en el capítulo 59 de su Segunda Parte, cuando apareció en Tarragona una falsa Segunda Parte, con el nombre supuesto de Alonso Fernández de Avellaneda. Ante esta indigna tentativa de arrebatarle sus mezquinos medios de subsistencia, Cervantes apresuró la terminación de su obra, y apareció a la luz pública en noviembre de 1615. No quedaban a Cervantes sino poco más de cuatro meses de vida: censurando cuanto se debe el acto del fingido Avellaneda, debemos agradecerle que haya empujado a Cervantes a terminar

su obra: si no es por la falsificación de Tarragona, ¡quién sabe si el *Quijote* hubiera permanecida inconcluso!

Los últimos meses de su vida los empleó Cervantes en la terminación de la novela *Trabajos de Persiles y Segismunda*, y acaso en un *Bernardo* y unas *Semanas del jardín*. Entregado a la piedad con más fervor que en los años juveniles, ingresó a la orden tercera de San Francisco en 1613, y el 2 de abril de 1616 profesó en ella. El 18 recibió el Sacramento de la extremaunción; y al día siguiente, 19 de abril, tenía todavía alientos para escribir la magnífica dedicatoria al conde de Lemos: "Aquellas coplas antiguas que fueron en su tiempo celebradas, que comienzan *Puesto ya el pie en el estribo*, quisiera yo no vinieran tan a pelo en esta mi epístola, porque casi con las mismas palabras las puedo comenzar diciendo:

*Puesto ya el pie en el estribo,
Con las ansias de la muerte,
Gran Señor, ésta te escribo.*

"Ayer me dieron la extremaunción, y hoy escribo ésta: el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan; y con todo esto llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir, y quisiera yo ponerle coto hasta besas los pies de Vuestra Excelencia, que podría ser fuese tanto el contento de ver a Vuestra Excelencia bueno en España, que me volviese a dar la vida...

"Tranquila la conciencia; con la sonrisa del justo en los labios; resignado con las adversidades de la suerte; puesta la esperanza en la misericordia de Dios; que únicamente podía premiar sus virtudes, y en el recto juicio de la posteridad que únicamente podía justipreciar su talento, "entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaban", dió Cervantes su espíritu, cuatro días después de habersele administrado la extremaunción, el 23 de abril de 1616, a los 69 años de edad."

La sepultación fué muy modesta: desde la casa de la calle del León fué llevado su cadáver a la iglesia de las monjas Trinitarias, en hombros de sus hermanos los terceros de San Francisco. Dos humildes poetas, admiradores de sus virtudes y talento, le dedicaron algún recuerdo de cariño, don Francisco de Urbina y Luis Fernández Calderón.

Muerto Miguel de Cervantes, no principió para él la apoteosis: los españoles miraban el *Quijote* como un libro de mero entretenimiento, y a su autor como a un hombre que había cumplido su deber patriótico en la jornada de Lepanto, que no carecía de dotes intelectuales y poéticas, pero que era un soñador, un iluso, incapaz de ganarse la vida. Entonces, como ahora, la pobreza no éra escala para llegar a la cúspide de las consideraciones sociales.

Más aun: en el siglo comprendido entre 1616 y 1716, sólo se hicieron treinta ediciones en castellano de *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha. La Celestina*, obra de inferior mérito, tuvo más del doble de esas ediciones en el siglo comprendido entre 1499 y 1599.

A pesar de lo dicho y repetido por Cervantes, el *Quijote* no es una invectiva determinada contra los libros de caballerías. La literatura caballeresca no necesitaba que el *Quijote* hubiese aparecido para que fuese cayendo en el olvido, y para que al cabo feneciera. Eso lo obtuvo la acción del tiempo, la nueva dirección de las ideas, las nuevas costumbres introducidas en todas las clases sociales. A los libros de caballerías que se publicaban, les faltaba oportunidad, nacían muertos.

La obra de Cervantes tiene precisamente una tendencia opuesta a la que se supone. No sólo no hay en ella esa sátira acre contra los libros de caballerías, que le atribuyen la letra del texto y algunos comentadores; sino que acaso el fin de Cervantes fué enaltecer las antiguas y pundonorosas ideas caballerescas en contraposición a las nuevas que en su tiempo imperaban.

El reinado de Felipe III había abierto el camino a muchas costumbres, prácticas y defectos que no se avenían con el verdadero carácter español; y la molicie y la falsía, y la introducción de nuevos usos y procedimientos produjeron resultados que, pervirtiendo los más sanos principios antiguos, ocasionaron, dos reinados después, el completo rebajamiento de la nación y la ruina a todo lo bueno en ciencias, artes, letras y demás ramos del humano saber.

Cervantes, al presentar a *Don Quijote*, hace una sátira profunda y filosófica de las costumbres de su época, y de cuantas faltas en ella predominaban. En este concepto, *Don Quijote* aparece como una cosa extraña, como un héroe legendario, como un anacronismo viviente, a quien nadie comprende, ni entiende, ni sabe, por lo mismo, apreciar sus actos, ni enaltecer sus resoluciones.

Con quien se identifica *Don Quijote*, a quien representa aquel gallardo carácter, de quien es vivo y acabado retrato, es de su historiador, es de Cervantes. Este, como el protagonista de la obra, sin miedo y sin tacha, truena siempre contra todo lo malo y perjudicial; ama la rectitud y adora la verdad; y ni le intimidan peligros, ni las asechanzas le abaten, ni las contrariedades le amilanan. Fuerte con la razón que le asiste, lucha contra los egoísmos de sus contemporáneos; sufre vejaciones en vez de obtener recompensas; su generosidad es causa de su desgracia; su modestia; origen de su trabajosa vida; su voz no es escuchada; sus virtudes son desconocidas; sus nobles propósitos y su natural severo, ridiculizados; amargura y desdén halla en todos los senderos de la existencia; no se le comprende; aquel su espíritu caballeroso, aquel ánimo alentado que en Argel, entre prisiones, si hubiesen correspondido a sus deseos los que debieran, hubiesen conseguido arrancar aquellas posesiones del dominio turco y las había entregado a Felipe II. Como *Don Quijote*, Cervantes era un anacronismo en su época; era un visionario, un hombre digno de compasión para la generalidad materializada y positivista.

La identidad de estos dos grandiosos caracteres se ve mayormente retratada en el resultado que tuvieron sus proezas y anhelos por reformar las costumbres y mejorar la sociedad. Entrambos mueren a manos de la

maldad de los hombres, abrumados por los desengaños, torturado el corazón por la pena; pero con la sonrisa en los labios, sin rencor hacia nadie, si bien lamentando con toda el alma el extravío de los pueblos, y la obcecación y la ingratitud de los individuos.

Y uno y otro cierran sus ojos a la luz del mundo egoísta y miserable, que no supo comprender sus altos propósitos ni tributar el debido respeto a sus méritos, plenamente confiados en que aquella dama ideal, por ellos reverenciada en lo íntimo de sus conciencias; que aquella señora y reina de sus magnánimos pensamientos, emblema de toda buena acción, archivo de toda pureza y hermosura, símbolo de perfección, centro de grandeza, albergue de la sinceridad; que aquella Dulcinea, personificación genuina de la Verdad, entonces tan desconocida y ultrajada; y legítima representación de la posteridad desagradadora y desapasionada, les otorgaría, al cabo, cumplida justicia, reconocería sus merecimientos, enaltecería su abnegación y virtudes, y les haría eternamente famosos en la memoria de las gentes. Dulcinea, es decir, la Verdad y la Posteridad, en su expresión más pura, son para Cervantes, como para el protagonista de su obra, según frases felices de su pluma, "día de su noche, gloria de su pena, norte de sus caminos, estrella de su ventura". (Vide: Ramón León Máinez, *Cervantes y su época*).

EN EL 28º ANIVERSARIO DE LA FUNDACION DEL INSTITUTO PEDAGOGICO

(Alocución pronunciada en dicho establecimiento el 1º de agosto de 1917)

La fundación del Instituto Pedagógico es, en la enseñanza nacional, el acontecimiento de mayor trascendencia desde el 17 de septiembre de 1843, en que se inauguró la Universidad de Chile.

Merced a él, se forman profesores para la segunda enseñanza. Profesores que antes no existían, porque todos lo eran *a libro abierto*; se cambian y modernizan los métodos pedagógicos; y empieza a desempeñar el magisterio el papel que le corresponde en la sociedad.

Así se explica y enaltece el entusiasmo con que la juventud que se adiestra para las grandes tareas de más tarde, recuerda con estas celebridades el 1º de agosto de 1889, día en que se iniciaron los Cursos en el Instituto Pedagógico, entonces único establecimiento de su género en la América Latina.

Los tres profesores que ese día inicial se hallaban al frente de las mismas cátedras que regentan hoy; y que somos los señores Hanssen, Johow*,

* Don Federico Hanssen, polaco de padre alemán, murió en 1919. Compuso un tratado clásico y magistral de "Gramática Histórica de la Lengua Castellana". Don Federico Johow, sabio profesor de ciencias naturales, falleció en mayo de 1933.

y yo, nos asociamos a estos nobles actos de la juventud a nuestro cargo, porque significan que ella comprende la importancia que para la vida nacional tuvo el acto de abrir sus puertas el Instituto Pedagógico. Jóvenes entonces nosotros, hoy con la cabeza emblanquecida, recordamos gozosos aquel día que ha de señalarse con piedra blanca en los fastos de nuestra historia.

Hay algo también de satisfacción personal en la celebración de este aniversario.

Al mirar hacia atrás, y echar la vista al camino recorrido, vemos que nuestro paso por la existencia no ha sido estéril, y que no tenemos que avergonzarnos de nuestra tarea en la vida: hemos formado numerosas generaciones de profesores de uno y otro sexo, que han desparramado por todos los ámbitos de la patria la simiente del saber y de la virtud. Hemos cumplido en parte con la tarea de mejorarnos impuesta por Dios a la familia humana.

Así es como, maestros y discípulos, nos regocijamos, y nos aunamos en un mismo sentimiento; y juntos formulamos votos cordiales porque el Instituto Pedagógico prosiga sin tropiezo, y perdurablemente, el camino fecundo que ha recorrido hasta ahora, con positivo beneficio de la general cultura y, en particular, de la sociabilidad chilena.

NOTICIAS ACERCA DE LA VIDA Y OBRA DE FERNAN CABALLERO

(Conferencia leída en el Club de Señoras el 21 de agosto de 1918)

Señoras y señores, para corresponder a la gentil benevolencia con que se me ha invitado a hablar en este centro del talento, de la belleza y de la distinción, me ha parecido que no podía escoger tema más apropiado que el referente a la vida y obras de aquella admirable mujer, a quien calificó don Eugenio de Ochoa, en el momento de su estreno literario, como el Walter Scott español.

En efecto, si España había tenido profusión de novelas de todo género en las varias épocas de su larguísima historia, la novela de costumbres nacionales o lugareñas no se había abierto sendero hasta el día del año 1849 en que empezó a publicarse, en *El Heraldo* de Madrid *La Gaviota*, con la firma al pie de "Fernán Caballero".

La aparición de esta obra, que entonces se estimó singularísima, fué asidero de numerosos y animados comentarios, tanto porque era auspicio de un día nuevo para las letras castellanas, como porque nadie adivinaba quién podía recatarse bajo tan modesto seudónimo.

"Fernancaballero" es el nombre de un pueblecito de mil trescientos habitantes, en la provincia de Ciudad Real, en el kilómetro 157 de la

vía férrea de Madrid a Badajoz: ¿había alguna conexión entre esta escondida aldea y el escritor de las excepcionales facultades del autor de *La Gaviota*? Sin duda que no, y por eso, desde el primer momento, la crítica literaria convergió sus investigaciones al punto de descubrir, qué ingenio, nada vulgar y sí cultísimo, alentaba bajo tan insignificante denominación geográfica.

Muchos fueron los nombres, en su mayor parte masculinos que se dieron en público y en privado; hasta que al fin se logró saber que el misterioso autor era una hermosa señora de cincuenta y tres años de edad, residente en Cádiz, y casada en terceras nupcias con don Antonio Arrom de Ayala. Se llamaba Cecilia Böhl de Fáber y Larrea.

Con motivo de las peregrinas atribuciones que corrieron en torno de ese célebre seudónimo quiero, apartándome un tanto, recordar lo sucedido en Bogotá, y en otra parte, con un nombre también supuesto, colocado al pie de varias poesías del gran vate, don Rafael Pombo.

En *La Guirnalda*, colección de poesías colombianas hecha por don José Joaquín Ortiz, apareció un fogoso canto erótico, con la firma "Edda", y con lata introducción: "La siguiente composición es de una joven bogotana que oculta pertinazmente su nombre bajo el velo del anónimo. ¿Qué podríamos decir nosotros en honor suyo? Que la Grecia no oyó un canto tan apasionado, ni tan hermoso, resonando bajo la lira de la desventurada Safo. Ojalá que Edda, aprovechándose del mismo anónimo, se dignara enviarnos sus producciones, que serían uno de los más bellos adornos de *La Guirnalda*".

Dada la época en que se hizo la publicación, y el ambiente social correspondiente, causó no ya sorpresa, sino estupor una poetisa que se atrevía a proclamar su amor ante la faz del mundo. La mujer está acostumbrada a recibir el enamorado homenaje de los hombres: aquel repentino cambio de papeles, aquella proclamación del ídolo masculino, parecía un atrevimiento. Con todo, sintiéndose halagados en su vanidad, los hombres aplaudieron. Las mujeres, viéndose interpretadas en una faz de su vida sentimental que las conveniencias procuran envolver en discretos velos, sonrieron a su hermana y compadecieron su dolor.

Años duró el misterio; y cuando se supo que era Pombo el autor, para muchas almas femeninas fué un desencanto saber que era un hombre quien había interpretado los íntimos sentimientos de ellas. Y para concluir con esta digresión, copiaré aquí del libro intitulado *En Viaje*, del diplomático y escritor argentino don Miguel Cané, la relación de un incidente que se refiere a la curiosa poesía de Pombo: "Un día en un salón de Nueva York, una dama argentina, que tiene un sitio elevado y merecido en la jerarquía intelectual de nuestro país, recibía una numerosa sociedad Suramericana. Se encaró con Pombo y le preguntó quién era esa poetisa desconocida, esa famosa "Edda la bogotana", cuyos versos impregnados de una pasión profunda y absorbente, le recordaban los inimitables acentos de Safo.

"—¿Encuentra usted esos versos dignos de atención, señora?"

“—¿Esos versos en que vibra una alma apasionada, esos versos tan de mujer, envueltos en la adoración, el misticismo misterioso de Santa Teresa? ¡He ahí los hombres! ¿Cuál de ustedes sería capaz de escribirlos?”

“—Pues Edda está actualmente en Nueva York, y si usted quiere conocerla . . .

“—¿Que si quiero conocerla? dijo nuestra compatriota, con su ímpetu característico. Ahora mismo me dice usted dónde vive, cómo se llama; mañana sin falta la visito. ¡Me la voy a comer a besos!

“—Pues empiece usted, señora: ¡Edda soy yo!”

Volviendo a nuestra insigne autora, recordaré que sólo por accidente nació lejos de su querido Cádiz: vió la luz en la villa de Morges, en la Suiza alemana, yendo en viaje a Hamburgo su padre, don Juan Nicolás Böhl de Fáber, de cara memoria en las letras por haber sido uno de los primeros en reconocer la riqueza arcaica del Romancero español.

Había en Hamburgo un colegio que recibía hasta veinticuatro señoritas nobles, que dirigía una noble francesa emigrada, procedente de Saint-Cyr, el célebre establecimiento fundado por Madama de Maintenon, y en donde se educaban las alumnas con los mismos refinamientos del tiempo de Luis XIV. Allí aprendió Cecilia el francés, el inglés y el alemán, y además las maneras de gran señora, ese “buen tono” del antiguo régimen, que conservó hasta lo último de su ancianidad. Octogenaria ya, decía: “Las jóvenes deben componerse para parecer bien; las viejas debemos componernos para no parecer mal”.

A los dieciséis años regresó a su hogar materno, en Cádiz, sorprendente de hermosura, con una rubia cabellera imperial, y unos ojos azules, turbadores; pero con tal acento germánico que por largos meses tuvo que requerirse un maestro que la enseñara el castellano para que pudiera presentarse en sociedad.

Apenas esto había sucedido, cuando le ocurrió un inesperado y no grato acontecimiento. Se hallaba en Cádiz, esperando embarque para Puerto Rico, un capitán de granaderos, de gallarda presencia e inmensamente rico, pero calavera y atolondrado. Vió una vez a Cecilia en el paseo que hoy se llama en Cádiz “de Apodaca” y conversando con algunos amigos, tan sin juicio como él, apostó media talega de duros a que antes de embarcarse para América se casaba con aquella bellísima creatura y se la llevaba consigo. De qué maña se valió el capitán para inclinar la voluntad de la madre ante tan inusitada y violenta pretensión, es algo que jamás se ha sabido: el hecho es que, el joven calavera y la hermosa Cecilia navegaban hacia Puerto Rico algunas semanas después.

En su novela autobiográfica *Clemencia*, ha contado Fernán Caballero las tristes y continuadas peripecias de este desigual enlace. Un año caminó Cecilia por la calle de la Amargura hasta que la gran libertadora, la muerte, vino a deshacer esos lazos que no había formado el amor.

Vuelta a España, cuatro años después, contrajo matrimonio con el Marqués de Arco Hermoso. Catorce años duró esta unión ideal, y cuál sería la ventura de estos seres nacidos el uno para el otro, cuando el Mar-

qués al morir, iniciaba su testamento con estas palabras: "Cuanto excede en altura la Giralda a todas las demás torres de Sevilla, tanto excede en virtud y mérito a las demás mujeres mi muy amada esposa Cecilia: quiero por lo tanto, y es mi voluntad, etc."

Esto pasaba en 1835, y hasta entonces nadie sabía que la encantadora viuda era una novelista. Antes de esa fecha había escrito *La familia de Alvareda*, pero no en castellano sino en alemán para no olvidar el idioma de su padre y de sus primeros años. Sólo dos personas lograron leer el manuscrito: el padre de Fernán Caballero y el historiador norteamericano Washington Irving. Este le pidió que le permitiese traducirlo al inglés para publicarlo en Estados Unidos o en Inglaterra. Asustada Cecilia de que se diese tanto valor a unos "apuntes" como los llamaba, sobre un suceso ocurrido casi a su vista, negó cortés, pero terminantemente el permiso solicitado.

Por ese tiempo frecuentaba la casa de la incógnita autora un caballero simpático y galán, dieciocho años menor que ella, llamado don Antonio Arrom de Ayala. Era persona de aficiones artísticas y de refinada cultura; y, queriendo unirse a una mujer superior ofreció a Cecilia su mano. Esta no quiso deferir a tan galante ofrecimiento, sobre todo por la circunstancia de la edad y Arrom de Ayala se sintió enfermo ante la negativa, y llegó a peligrar su vida.

Accedió entonces la escritora, y la señora viuda de Arco Hermoso, pasó a ser la señora de Arrom de Ayala.

Una vez que penetró en las intimidades de esa alma que jamás se creyó escritora; que borroneaba, como decía, sólo para no olvidar los idiomas que le eran tan familiares como el castellano, Arrom quiso que su amada compañera diera a luz alguna de las producciones que guardaba sigilosamente escondidas. Varias veces la significó que era un deber de conciencia literaria hacer conocer de todos esos libros que habían de introducir una sana revolución en el campo de la novela española, tan inficionado entonces por la influencia francesa; pero siempre su mujer le resistió con suave firmeza.

Al fin, casi desesperado y sin comunicar nada a Cecilia, en un viaje que hizo a Madrid se llevó el manuscrito de *La Gaviota*, que estaba escrita en francés, y buscó a don José Joaquín de Mora para consultarlo sobre el particular*. Este distinguido poeta y literato se ofreció para hacer la traducción al castellano.

Arrom escribió a su compañera que la publicación en *El Heraldo* era ya un hecho irrevocable, y sólo le pedía un seudónimo, ya que ella no quería ver jamás su nombre en letras de molde. Cecilia cogió un periódico que tenía a la mano; leyó en él la narración de un crimen en el pequeño

* Se recordará que Mora, de acentuadas convicciones liberales, radicóse en nuestra patria en 1828. Fundó el Liceo de Chile, en donde se educaron no pocos de nuestros hombres públicos de mediados del siglo. En 1829 el Congreso Nacional le concedió la ciudadanía chilena. Trasladóse al Perú en 1831, triunfante la revolución pelucona en Ochagavía y Lircay. (Nota del compilador).

pueblo de Fernancaballero, y este nombre le pareció un buen disfraz: lo envió, pues, a Madrid. Al día siguiente, el seudónimo empezó a hacerse popular, y por algún tiempo fué la desesperación de críticos y literatos.

La Gaviota señala la unión en un solo libro de la ejemplaridad docente y del amor a la realidad viva y concreta. El argumento de la novela se encierra en un marco corriente y vulgar; sus personajes, como Stein, Santaló y Fray Gabriel pertenecen a la vida ordinaria; pero los bocetos, aguadas y retratos y paisajes sueltos son el mayor encanto de la obra. Desde Cervantes que no se escuchaban en la lengua que lleva su nombre, relaciones y diálogos tan sabrosos, de tal y tan exuberante colorido, de tanta viveza y fresca, inimitables, en fin, por su misma naturalidad.

A vuelta de relaciones breves, que componía en su retiro de San Lúcar de Barrameda, dió a la estampa sucesivamente *Elia* o *La España treinta años ha*, *Lágrimas*, *Clemencia*, y muchas más. Tradujo también al castellano *La familia de Alvareda*, que fué en el orden del tiempo de la composición la primera de sus novelas.

Clemencia es ella misma. En esa interesante narración recuerda su singular primer casamiento con el capitán Planelles, su odisea tristísima y apenada en Puerto Rico, y lo rocía todo con lágrimas dulces, de modo que jamás se echa de ver la sombra del rencor en su corazón.

El espíritu genial de esta escritora se amoldaba a todo; y como escribía pintando lo que veía, sus cuadros aunque ligados por una misma maternidad, se diferencian entre sí como los objetos naturales que le habían servido de modelo. De *La Gaviota*, novela de costumbres populares gaditanas, pasa sin esfuerzo a la aristocrática trama de *Elia*, o al argumento de *Lady Virginia*. Una vez un periódico jocoso de Madrid recibió de Andalucía un escrito anónimo que se llamaba *El Congreso Infantil*. En él se describía con inimitable gracia una sesión de Cortes celebrada por infantiles diputados progresistas bajo la presencia del general Infante. Al terminar la sesión, poníase el Presidente ante la puerta con el cuerpo doblado y todos los diputados saltaban por encima, entonando al saltar:

*A la una, anda la mula,
a las dos anda el reloj,
a las tres el almirante, etc.*

Y así hasta completar doce. Este regocijado jugueteo pertenecía a la pluma de Fernán Caballero. También ha dejado deliciosos cuentos para chicos y grandes, como los de Oidín, Oidón, hijo del buen Oidor y Soplín, Soplón, hijo del buen Soplador.

La vida de esta mujer ilustre tuvo su largo paréntesis de felicidad en los catorce años que duró casada con el Marqués de Arco Hermoso; y si su tercer matrimonio no la hizo desgraciada porque Arrom se miraba en los ojos claros de Cecilia, en cambio tuvo un desenlace tan horroroso que ya tronchó para siempre la vida de la escritora. Hallándose en Londres su marido por asuntos de negocios, recibió allí la noticia de que su fortuna había desaparecido totalmente; esta grave contrariedad le perturbó el cerebro y se sintió lenta, pero fatalmente impulsado al suicidio.

"Mi buena y querida Cecilia, escribía la víspera de su trágica muerte: cuando recibas esta mi última carta, ya habrás recibido el cruel golpe que mi atroz destino, mi flaqueza, mi razón extraviada, y esa atracción irresistible del abismo, me fuerzan a darte.

"La consideración de que si permanezco en este mundo, sólo es para causarte pesadumbre, y que más vale una grande que acabe con ellas de una vez, es lo que me decide.

"Hija mía, qué veintidós años de miserias y penas te ha costado el casarte conmigo! Y por remate, para que el resto de tus días lo pasases cuidando de un loco, pues siento a la locura apoderarse de mi pobre cerebro con su mano de hierro. ¡Qué corona de martirio vas a llevar en el Cielo, santa y querida creatural!"

Después de esta catástrofe del corazón y de la fortuna, y no queriendo recibir favores de nadie, Fernán Caballero vivió los últimos años de la renta que le proporcionaba la propiedad de sus obras, que vendió al librero de Madrid, D. Francisco de P. Mellado.

A pesar de la tímida modestia que caracterizó todos los actos de la vida de Fernán Caballero, las distinciones llegaron a buscarla a su retiro. No hay para qué hablar del homenaje literario que recibían sus obras en todos los países europeos: Doña Isabel II le concedió la banda de Dama Noble de María Luisa, y le ofreció una vivienda en el Real Alcázar de Sevilla, que la escritora aceptó hasta el día de la desgracia de su último marido.

Como tardó en llegar a todas partes el descubrimiento del seudónimo, el Rey de Bélgica condecoró a Don Fernán Caballero con la Cruz de Caballero de la Orden de Leopoldo. La condecoración habría llegado a España, si no es que un amigo de Cecilia se hallaba en esos momentos en Bruselas, e hizo retener el decreto ya firmado.

Cuando murió —el 7 de abril de 1877—, a los ochenta y dos años de edad, la ex Reina Doña Isabel y varios miembros de la familia real, rodearon su lecho de muerte. Había expirado en la modesta vivienda de la calle de Juan Burgos de Sevilla —hoy de Fernán Caballero—, en donde vivió los últimos años "con el sencillo decoro de una señora y la caritativa munificencia de una reina".

EN LA RECEPCION DE DON MIGUEL LUIS AMUNATEGUI REYES COMO MIEMBRO ACADEMICO DE LA FACULTAD DE FILOSOFIA Y HUMANIDADES

(10 de agosto de 1919)

Señoras y señores:

Cuando la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile designó al señor don Miguel Luis Amunátegui y Reyes como uno

de sus miembros académicos, no hizo propiamente una elección, sino un reconocimiento, o una consagración. Las obras literarias, los méritos personales, y los títulos honoríficos recibidos por el agraciado dentro y fuera del país, lo acreditaban como un esclarecido humanista desde mucho antes de ser llamado al seno de esta Corporación.

Hace más de un cuarto de siglo que el nombre del señor Amunátegui es familiar y respetado entre todos los cultores de la lengua castellana. Esta halagüeña nombradía no ha hecho sino acrecentarse con el transcurso de los años. Porque, a pesar de las ingratas y abrumadoras tareas del profesorado; a pesar de las no menos absorbentes de los exámenes, y a pesar de la atención solícita de una familia numerosa, y de dolencias de alma y cuerpo, tan crudas como inmerecidas, el señor Amunátegui y Reyes ha sido infatigable en la obra de mejorar y depurar el lenguaje. Como labrador que soporta todo el peso del calor del día, ha hecho sus *Pasatiempos** del estudio; y de 1894 a acá, ha dado a luz más de quince repensados trabajos, que no son todavía el índice y *addenda et corrigenda*; porque antes de mucho aparecerán otras obras suyas sobre chilenismos y sobre una reformada gramática de don Andrés Bello.

Labor tan intensa, y tan beneficiosa para la literatura y buena habla castellana, abona más que de sobra al nuevo miembro académico de la Facultad y para ella anticipa y augura días de avance y mejoramiento.

Deber de hidalguía es para nosotros los iberoamericanos, velar por la pureza y conservación del idioma de Cervantes. Al revés de la génesis penosa y dilatada que tuvieron que sobrellevar Francia, Italia y España para constituir sus respectivos romances, nosotros recibimos el lenguaje hecho, el lenguaje mayor de edad, junto con la ínclita y consoladora religión de los conquistadores. Como herencia intangible, como guarda sus regaladas joyas la prometida, estamos obligados a guardar esa lengua castellana, la más abundante, la más rumbosa, y la más expresiva de cuantas se hablan bajo el sol.

“Nada simboliza tan cumplidamente a la patria como la lengua: en ella se encarna cuanto hay de más dulce y caro para el individuo y la familia, desde la oración aprendida del labio materno, y los cuentos referidos al amor de la lumbre, hasta la desolación que traen la muerte de los padres y el apagamiento del hogar...; en una tierra extraña, aunque halláramos campos iguales a aquéllos en que jugábamos de niños, y viéramos allí casas como aquellas donde se columpió nuestra cuna, nos dice el corazón que si no oyéramos los acentos de la lengua nativa, deshecha toda ilusión, siempre nos reputaríamos extranjeros, y suspiraríamos por las auras de la patria.” (R. J. Cuervo, A. C. s. el L. b., prólogo.)

“El lenguaje —dice Amunátegui y Reyes en sus *Borriones Gramaticales*— es un precioso instrumento para descubrir y dar a conocer la verdad. Pero este poderoso auxiliar puede llegar a inducirnos en error, si no se emplea con el cuidado debido”.

* *Mis pasatiempos*, estudios literarios y gramaticales del señor Amunátegui y Reyes (Nota del autor).

Fué el insigne maestro Nebrija el primero que, en el mismo año del descubrimiento de América, dió leyes para hablar la lengua de Castilla, no comúnmente, como el vulgo, sin reparar en nada, sino con primor, discreción y gracia. "Yo quise" —escribe en la Dedicatoria de su Gramática— echar la primera piedra, y hacer en nuestra lengua lo que Zenodoto en la griega y Crates en la latina; los cuales aunque fueron vencidos de los que después de ellos escribieron, a lo menos fué aquélla su gloria, y será nuestra que fuimos los primeros inventores de obra tan necesaria". Desde entonces muchos de los humanistas españoles, y con el ejemplo de lo que acontecía en Italia y Francia, se dedicaron con empeño a estudiar la lengua castellana; escribieron libros para su enseñanza, y proclamaron sus grandezas y excelencias. Antes de mediar el siglo XVI, Juan de Valdés escribe su *Diálogo de la lengua*, a fin de contribuir al mayor lustre y perfección del castellano, que es lengua, como él dice, "tan noble, tan entera, tan gentil y tan abundante que dejarla perder por negligencia debería avergonzar a los que con tan inmerecido desdén la tratan". Amante de su propio idioma, no menos que conocedor de todas las bellezas, entonces descubiertas a muy pocos, afirma Valdés que "todos los hombres somos obligados a ilustrar y enriquecer la lengua que nos es natural, y que mamamos en los pechos de nuestras madres".

Y ésta es la suprema verdad. Hoy, como entonces, es fuerza defender el castellano, estudiar la Gramática, como dice el señor Amunátegui y Reyes, para mantener la integridad del más preciado de nuestros tesoros, amenazados, por la invasión del barbarismo, de que el excelso discurso de don Quijote se convierta en una algarabía de beduínos o azacanes.

Proscrito el Latín de la enseñanza de las Humanidades, ha quedado rota la piedra angular del edificio del castellano. Menester es entonces procurar la reparación de ese "irreparable ultraje" inferido a su enseñanza, y estudiar siquiera su Gramática y su Diccionario para no perder por ignorancia e incuria esa divina lengua que nos trajeron hecha los hijos del Pireo y del Guadarrama.

Esa ha sido la tarea a que ha consagrado gran parte de su fecunda y laboriosa vida el distinguido escritor que hoy ingresa a esta Facultad. Por eso es acreedor al aplauso y al agradecimiento, no sólo de sus conciudadanos, sino de los muchos millares de hombres que hablan el idioma de Cervantes.

Y cuando se piensa en que este eruditísimo humanista ha vivido una vida entera consagrada a la enseñanza de la juventud, a esa tarea de tristezas y desengaños, en que, las más de las veces, del terreno que se creyó más fecundo, se recoge el fruto amargo de la ingratitud, se llega a la convicción de que no sólo la Universidad de Chile va a contar en adelante con un miembro suyo que la decora y la dignifica, sino con uno de esos héroes que, en el silencio del trabajo mental, viven sacrificados a la labor, que no todos cumplen, de mejorarse y de mejorar a los demás, labor impuesta por Dios a la familia humana.

He dicho.

PALABRAS DE AGRADECIMIENTO

(7 de marzo de 1920)

Verdaderamente, señor Ministro, señores y señoras, que si alguna vez ha habido desproporción entre el merecimiento y el premio otorgado, esa vez es la hora de éstas; en que la colectividad española de Santiago, representada por todos sus elementos, me rinde este homenaje tan espléndido, como acreedor a mi cordial y perdurable reconocimiento.

Atacada un día la honra y la dignidad de España, no vacilé, sin consultarme con nadie, solo y espontáneamente, en salir a defenderla en el propio diario de donde el ataque procedía, lanzado por un formidable contradictor*. ¿Quién de vosotros no habría hecho lo mismo?

Fuera menester ser un hijo descastado para no velar por el nombre de la madre; y ¡qué madre, señores!

Nosotros, los americanos, como vosotros, los nacidos en la tierra de don Pelayo y los Alfonsos, nos gloriamos con ser hijos de esa España que trajo a estos países, por su esfuerzo descubiertos, la luz de la cristiana civilización, y el tesoro inestimable de su lengua.

Cuando vamos pasando las hojas de su larguísima historia, casi tan antigua como el mundo, consideramos antepasados nuestros a aquel puñado de héroes que en Sagunto y en Numancia venció dos veces al astuto cartaginés y al fortísimo romano; el mismo puñado de héroes que, con las ruinas de Santa Engracia y las acribilladas tapias de Zaragoza, está demostrando al mundo de hoy día que la sangre española no degenera ni desdice de ese antiguo vigor que hace tantos siglos la inmortalizó en los fastos de la historia.

En la España caballeresca nos reconocemos también en esos fieros almogávares, y en ese Rodrigo de Vivar, y en ese Guzmán el Bueno, que reconquistaron palmo a palmo el perdido territorio hasta que las cruces de Isabel tremolaron en ese palacio, sueño de las huries, que se llama la Alhambra.

Nuestras son las glorias de Cortés y de Pizarro, que con su espada vencedora derribaron dos poderosos imperios, y tallaron, como si fuera en la roca de piedra de los siglos una epopeya tan estupenda, que no parece hecha para la historia, sino para las míticas leyendas del árabe Antar.

¡Sí! Hijos somos de esa España, cuyos corceles de guerra, bajo el pendón imperial de Carlos V, así bebían las aguas del Ródano o del Rin; de esa España, cuya marina, sobrehumana en la paz a las órdenes de Colón, triunfó en la guerra, con soberana gloria y con don Juan de Austria, en las aguas de Lepanto; y se hundió, con más gloria todavía, en la jornada de Trafalgar.

¿Cómo no hemos de enorgullecernos de semejante madre, y cómo no hemos de salir a la defensa de su nombre y de su honra, más que si se hubiera tocado nuestro propio nombre y nuestra propia honra?

* El presbítero francés don Emilio Vaïsse, más conocido con el seudónimo de Omer Emeth, ya fallecido, cuyo primer volumen de *Estudios Críticos de Literatura Chilena* fué publicado por la Editorial Nascimento en 1941. (Nota del compilador).

Herederos de su idioma, ese músico lenguaje, nacido en Cangas de Onís, y desenvuelto, en Medinaceli y Burgos, en los cantares, únicos en la tierra, del Romancero Castellano, es nuestra también la lengua portentosa a que dió su nombre ese "ciudadano del mundo", que se llama Cervantes; y que, desaparecida el habla de los antiguos griegos, es la más rica y armoniosa de cuantas se oyen bajo el sol.

Gracias a este legado de imponderable valor, y que es la característica y la ejecutoria de nuestra filiación española, disfrutamos, como de propio bien, de las creaciones maravillosas del "monstruo de la naturaleza", del "Fénix de los Ingenios", de Lope de Vega; y a él gracias, los hijos de las musas hispano-americanas pueden templar el acero de sus liras en el yunque que dejaron en sus versos Garcilaso y Calderón, altísimos poetas que han aparecido redivivos en las estrofas de Quintana, de Núñez de Arce y Echegaray, estrofas en donde se han inspirado vates americanos de la excelsitud de Matta, de la Barra, Concha Castillo y Zorrilla de San Martín.

Con este acervo magnífico de históricas tradiciones y de literarias glorias, sólo espíritus ignaros y estrechos pueden no sentirse envanecidos de poder ser llamados españoles.

Y hoy, que la Madre Patria revive opulenta y feliz, satisfecha de su ayer, y esperanzada justamente en el porvenir; hoy que rige sus destinos un valeroso monarca que puede lograr que otra vez la bandera de la vieja Iberia, como en los pasados tiempos, dé sombra al sol; hoy, más que nunca, las jóvenes naciones de la América Latina pueden volver a ella sus ojos, como los hijos a los de su madre, seguras de encontrar en su ubérrimo seno tesoros de amor y de experiencia, ya que es ella espejo de virtudes y arca abierta de no soñadas grandezas.

Por eso yo, en nombre de todos los chilenos, seguro de no ser de nadie desmentido; y a la vista del mañana grandioso que está alboreando para la Madre Patria, invito a cuantos me escuchan a decir, desde el fondo del alma, y con cordial entusiasmo: ¡Viva España!

II. ENSAYOS GRAMATICALES Y LEXICOLOGICOS

PALABRAS Y FRASES

"Una cosa es hablar comúnmente, como el vulgo, sin reparar en nada. Otra es como discreto y reportado". (Dr. Bernardo Alderete, *Del origen y principio de la lengua castellana*, lib. III, cap. último).

MANIFESTACIÓN

Con las palabras se juega no poco en tiempo de elecciones y de luchas populares. ¿Qué cosa no convierte en juego la pícara política? No